

Re-Sentir

Elio Palencia

Fundación Editorial
elperroylarana

MISSION
cultura • Venezuela
(Corazón adentro)

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
serie **CONTEMPORÁNEOS**

Re-Sentir

Elio Palencia

© Elio Palencia

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela I C I O.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Edición al cuidado de:

Jenny Blanco

Eva Molina

Edgar González

Maria Victoria Sosa M.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018002349

ISBN 978-980-14-4401-5

colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra —a través de sus cuatro series— las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.

*La serie **Clásicos** abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana; **Contemporáneos** reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas; **Antologías** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie **Breves** concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Fundación Editorial



elperroylara

MISIÓN



Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

Re-Sentir: el tiempo como caleidoscopio

El tiempo como no lineal, tampoco necesariamente circular, sino más bien elíptico o, más precisamente, caleidoscópico. Sí, un caleidoscopio en el que, al menor movimiento, una ficha empuja a las otras trayendo consigo nuevas composiciones. Pasado, remoto o cercano; futuro, imaginado o adivinado, vinculándose con el presente cuando la inmediatez nos permite cierta quietud, invitan a reubicar sensaciones, comprender sucesos, proponer y conocerse un poco más... a realizar viajes que se reinventan, sin necesidad de tomar ningún medio de transporte que no sea la memoria y lo que ella despierta en la imaginación.

Tras años viviendo fuera del país, donde la seducción de la nostalgia suele ser tan tentadora, quise tomar la iniciativa de no esperar a que las estampas me asaltaran, sino ser yo mismo quien las recogiera de anécdotas vividas, escuchadas, soñadas o intuitas para –como si de materia sólida se tratase– palparlas, conocerlas mejor y recomponer mi propio caleidoscopio con nuevas, afinadas y más saludables formas. De tan pretencioso ejercicio surgen estos cuentos. De la necesidad de *volver a sentir*. De exponerse ex profeso a heridas para intentar cerrarlas, a risas para reconocerse en el privilegio, a preguntas para seguir en la pesquisa de respuestas, apreciar mejor formas y colores de ese cubo de

imágenes en los diversos matices de claroscuros. El pasado y el futuro como vigentes, posibles en la entrelínea.

Un caleidoscopio suele tener límites en cuanto a la cantidad de fichas con las que se construye. Hubo que seleccionar. Supongo que se impusieron las más urgentes, enmarcadas en parcialidades de una infancia, restringidas a uno de los varios patios conocidos, a una imaginaria fotografía familiar que diera entidad de álbum a las pequeñas historias donde –como el tiempo en la propia vida– se entrecruzan geografías, rostros y percepciones, mezclando sin miramientos una canción de Los Beatles y la voz de Alí Primera con una plaza de Montreal en el año 2000; un bloque del Banco Obrero en la Maracay del 68 con un espectáculo travesti durante la marcha madrileña en los años 90; los complejos y prejuicios raciales en un patio gomecista con un ancestral relato de Wole Soyinka sobre Nigeria y un Festival de Tambores del Mundo en Choroni, ya en el siglo XXI. Fichas que al menor movimiento asumen la voluntad de transformarse y, generosas, proponer el riesgo de *Re-sentir*.

Elio Palencia

Indigestión

Era un Pluto. Un Pluto anaranjado, orejón y con los ojos saltones, alegres y ajenos a un destino de piñata que será despedazada por una cuerda de niños deseosos de rebatiña. Un Pluto para mis cuatro años. Sí, muestro los dedos en la escuelita donde aprendo letras, números y *Alelimón alelimón el puente se ha caído*. De allí vengo, llevado de la mano de ¿quién? con los cachetes hinchados de dulzor: por un lado, el oscuro y chiclosa caramelo Vaquita y, por el otro, el blanco y durísimo Sacamuelas. Vengo balanceando el bulto con el cuadernito, el lápiz y el Silabario, tarareando bajo el solazo del mediodía el recuerdo de una piñata hecha frente a mí: cintas de cartón engrapadas y engrapadas hasta ir armando el esqueleto de lo que sería el cuerpo de aquel perro de Disney, los recortes de crepé anaranjado hecho flequillos, que puestos uno sobre otro se iban convirtiendo en piel ¡la piel de Pluto! ¡Qué maravilla que una piñata pueda ser hecha en una mesa de una casa cualquiera entre risas y pepsicolas familiares! Por eso, cuando el sábado entre la algarrabía cayó al piso, agarré rápido la cabeza –ya desorejada– para guardarla como un tesoro que me recordaría ese cumpleaños cada vez que abriera el escaparate. De allí agarré los caramelos esta mañana. Me llené los bolsillos sin que mi mamá se diera cuenta... Ahora subo las escaleras y, como si hablara inglés, tarareo desenfadado un *Obladí Obladá* que

surge por enésima vez desde el picó de las *go-gó ye-ye* que viven en la planta baja. Muevo la pollina con todo y cabeza y restriego los dedos libres en el pantaloncito corto para intentar inútilmente disolver el pegoste de Vaquita, Sacamuelas y creyones de cera... tarareo feliz aspirando el olor a sopa Continental, seguro de que viene del apartamento de este bloque en donde mamá me espera para decirme que así no tenga hambre me como esa sopa, carajo, porque, ¿quién te mandó a andar hartándote de chucherías toda la mañana?

Cruzo la sala y *bendición mamá* corriendo hacia el pasillo tras soltar el bulto. Medio miro la cocina donde efectivamente echa humo la sopita Continental. Corro hacia el cuarto tras una ojeada a mis hermanos –uno en el corral y el otro con los *Lego's*– para después apuntar el aterrizaje en la cama matrimonial y caer justo en la barriga de mi mamá que seguro está, larga y tendida, sobre la sábana de mantel y guacamayas, leyendo un cuento de asesinatos que salió en la revista del periódico del domingo... Pero no, esta vez no hay aterrizaje sino sorpresa de silencio resbaladizo y mi papá que ha llegado antes de las doce y media. *Bendición* y un *dios lo bendiga* veloz y timbrado. Mi mamá, de brazos cruzados, también me bendice, pero bajito y papá que me llama hacia la mesa de noche cerca de donde está sentado dándose nerviosos toques en la nariz. El silencio continúa viscoso y a cámara lenta. Miro a mi mamá, que baja ojos y muerde labio inferior sin chillarme nada de las manos empegostadas, ni del olor a Sacamuelas y Vaquita que debo destilar, ni siquiera de la sopa... ¿?

–Venga acá...

Extrañado, avanzo hacia papá y siento un brevísimo retortijón en el estómago...

–Mire, escuche bien...

Obedientísimo, abro ojos y orejas. Entonces lo dice:

–Aunque su familia sea negra, india, verde, roja o amarilla, usted tiene que quererla porque es su familia.

No entiendo nada. Sólo asiento con mirada interrogante y el retortijón cada vez más nítido. Hasta ese momento, y pese al filo de la mirada, no hay desacuerdo ninguno. Papá vuelve a mirarme tras un silencio ensalivado:

—¿Sabes por qué de la casa no vino nadie a tu fiesta?

¿La casa? ¡Ah, sí, “la” casa! Cuando mi papá decía “la casa” no se refería a esta donde vivía con su mujer y sus hijos, sino, a aquella de su mamá, la de mi abuela. Sólo entonces reparo ¡es verdad, no vinieron! ¡Ni Darío, ni Bachaco, ni mi abuela, ni las muchachas, ni...! Había sido tan chévere la fiesta que no me había dado cuenta, ni tampoco me habían hecho falta... ¿Cómo, si eran fundamentales en mi corta historia?, ¡si la mitad de mi vida cabalgaba entre los patios de ambas abuelas donde interiores Ovejita y sandalias ortopédicas vivían su euforia anarquista de charco con lombrices, tierra y libertad! El fin de semana pasado justamente insistía mucho en hablarle a todos de mi piñata Pluto hecha en casa de mi otra abuela y los caramelos y los juguetitos y la torta y *¿van a ir, verdad? ¿Verdad que van a ir?*

—¿Sabes por qué no vinieron?

El tono de mi papá hace calambre en mi barriga, me enmudece y digo no con la cabeza mientras trago el grosor del Sacamuelas más reciente.

—Tú le dijiste a mi mamá que no querías negros en tu piñata.

—¿Yo? ¡No, papaíto, yo no...!

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces? ¿Estás diciendo que mi mamá es una mentirosa?

¿Qué es peor? ¿Decir que sí dije lo que no recuerdo que dije y sentir que le miento a mi papá, o decirle mentirosa a mi abuela y exponerme a...? ¿Existe la posibilidad de que me crean a mí y a mi abuela a la vez? ¿Qué tengo que responder, si apenas estoy en una escuelita que ni a kinder llega?

—¿Le estás diciendo mentirosa a mi mamá?! —voz de papá, manotazo al pecho, soplete en el vientre.

—No, no, papá...

—¿Entonces? A tu piñata vinieron muchos vecinos negritos, más negritos que tus tíos y tú jugaste con ellos. ¿Por qué con ellos sí y con los de tu familia no?

Qué intriga, es verdad ¿Por qué con ellos sí y con mi familia...? Ahora entiendo menos... Los ojos rabiosos y doloridos de mi papá talarán mis intestinos, agriándome Sacamuelas y Vaquita.

—Aunque su familia sea negra, india, verde, roja o amarilla, usted tiene que quererla porque es su familia. ¿Está claro? ¡Está claro!?

Asiento. Nada en contra, salvo que no recuerdo haber dicho eso de los “negros” y mi fiesta. Entre otras cosas porque justo en ese momento es cuando reparo en que vivo en un mundo de pieles de distintos colores. Entre otras cosas, porque no conozco a nadie negro como el creyón negro. Marrones, sí, anaranjados, sí, más claros, más oscuros, con manchas, con pecas, pero ¿negros? No. De todas formas busco y busco en mi brevísima memoria cuándo lo dije, dónde, a quién, pero sólo me veo riendo feliz en el patio —multicolor— de mi abuela —marrón tamarindo— junto a los soldados —verde oliva— de Darío —marrón canela— y entonces, al no poder recordar mis palabras —descoloridas— sentí una urgencia de cuclillas y pupú —ocre— en el vasito de cama —azul piscina—... Mi papá acomoda el reloj metálico en su muñeca, toma una agenda de la mesita, se levanta y sale sin mirarme. Busco los ojos de mi mamá y descubro que los tiene aguados y, tras pestañear, con un suspiro, sale con su marido.

Voy al baño, pero no puedo hacer nada. A pesar de mis negativas, tengo que comerme la sopa y después ir a una siesta sin ganas junto a mis hermanos. Sigo dándole a la cabeza, intentando entender, pero no lo logro. El silencio de la hora del burro me impacienta, me aturde, y cada diez minutos voy al baño a ver si sentado en la bacinilla de plástico logro sacar de mí alguna explicación sólida, líquida o, cuando menos, gaseosa. Al fin y al cabo, a mis cuatro años ya era grande

y había entendido muchas cosas. Por ejemplo, que a los niños no los traía la cigüeña o, mejor dicho, sí, pero no directamente sino que se los dejaba primero nueve meses a la mamá en la barriga. También sabía que aunque casi todos tenían cuatro abuelos yo tenía seis: la mamá de mi papá –marrón tamarindo, ya lo dije–, el papá verdadero de mi papá –blanco cenizo– que ahora estaba casado con otra señora que se llamaba Julia –rosado claro–, el marido de mi abuela –marrón canela– que le había dado el apellido a mi papá y lo había criado como a un hijo propio; el papá de mi mamá –anaranjado con pinticas–, la mamá de mi mamá –marrón clarito– que se había casado con otro señor –marrón oscuro– y tenía unos hijos –amarillo apio– más chiquitos que yo y mi abuela Carmucha –marrón verdoso– que era tía y madrina de mi mamá y que era señorita porque nunca tuvo hijos y había criado a sus sobrinos desde pequeños. Fácil, era fácil. Tenía seis abuelos y ya está... ¿Por qué no entendía esto de que mi abuela dijera lo que no dije o no sé si dije y mi papá estuviera tan rabioso y me mirara con un asco raro, feo y ahora estuviera tan lleno de Sacamuelas y Vaquita y sopa Continental y me doliera la barriga y fuera a hacer pupú y no pudiera?

A las cuatro de la tarde mi mamá aparece con sus panes rellenos de mermelada y los vasitos de *tupperware* repletos de Toddy frío. También trae el álbum, y muy dulcemente se sienta en mi camacuna. Me vuelve a enseñar todas esas fotos blanco y negro que me gustan tanto, que despiertan mi fascinación por otros tiempos y lugares, otras ropas, las historias de las sonrisas o melancolías que aparecen en cada rostro, los árboles que fueron pequeños, conejos y perros que ya murieron... Mamá se detiene en una foto grande. La única en donde aparecen todos los hermanos de mi papá con mis abuelos y hasta mi bisabuela que todavía no había muerto. *Quiénes son*, me pregunta con suavidad de crema Nivea, y yo respondo con orgullo, señalando inequívoco: *Hermógenes, que es el que viene después de mi papá y también es hijo de Remigio; Freddy, Aleyda, Saúl, Neyda, Bruno, Güicho, Virgilio y Darío que me lleva trece meses... mi abuela Columba, mi abuelo Cirilo... y ésta es mi bisabuela Felicia que murió cuando yo tenía...* Mi mamá sonrío. Tras un beso en la frente, se levanta y me deja con la merienda, pero yo no tengo hambre y se la doy a mi hermano. Corro al baño a ver si pasa algo. Pero nada.

Atardece, y entre un silencio oloroso a tapicería de remendado Chevrolet del 55 y maniqués de calles céntricas, como muchas tardes, vamos de visita a casa de los abuelos. El eructo del motor anuncia que ya hemos llegado. Luces anaranjadas quiebran los corredores y el viento agita dulzuras y podredumbres de ponsigué. Del televisor surgen los grises de *Casos y cosas de casa*, América Alonso habla con una vecina que nunca vemos. Murmullo de cacerolas y adolescentes llegando del liceo. Yo, perdido entre viscosos presagios y habitantes que, jabonosos, me eluden. Sigo con ganas de ir al baño y voy. Me gusta mucho el posanalgas que tiene la poceta de esta casa. Espero un rato. Pero tampoco allí puedo hacer nada. Cuando salgo, ya se ha encendido la tísica luz del comedor. La noche es inminente y los jabonosos habitantes parecen haberse secado, apostados junto a la mesa, como si fuera un treinta y uno de diciembre antes de las doce. Y como nadie le para bolas a la voz cubanísima de Jorge Félix discutiéndole a su mamá suegra, una mano rechoncha apaga el aparato. Se hace un silencio metálico. Mi papá me llama y obedezco. Cuando me doy cuenta estoy justo bajo el bombillo y soy el centro de un círculo sombrío y de hojalata, agrio, como esos Sacamuelas y Vaquita que ya se endurecen lacerándome el vientre.

—Mire bien, hijo: los que están aquí son sus abuelos y sus tíos. Cada uno de ellos es su familia. Y aunque su familia sea negra, india, verde, roja o amarilla, usted tiene que quererla porque es su familia.

Oigo esto y no sé qué más mientras veo bajar y subir el dedo índice de papá, y trato de escapar de unas miradas ¿compasivas, acusadoras, molestas, extrañadas, asqueadas, indiferentes, obligadas, aburridas?, queriendo retener el reflejo del suelo rojo de cemento pulido: las várices de mi abuela, los mocasines de mi abuelo, los zapatos Bingo de los muchachos, las sandalias de mis tías, las medias lunas color ladrillo en las uñas de mi mamá...

—...entonces, ya lo sabe y espero que le quede claro de ahora en adelante: aunque su familia sea negra, india, verde, roja o amarilla, usted tiene que quererla porque es su familia.

Se deshace el círculo. Las sombras se alejan con sus miradas go-teantes. Y entonces, ínfimo bajo el bombillo, algo entiendo y es acre. Me veo lechoso, sospechoso, solo e interrogante, con la piel de un color tan difícil de nombrar como mi sensación. Una sensación que empieza a separar y a distinguir entre un atrás y un adelante, confirmando algo roto, como Pluto, que tal vez sí sabía que iba a ser la última piñata de un niño y salvó su cabeza para que fuera atesorada en un escaparate. Una repentina repugnancia hacia los blancos y duros Sacamuelas y hacia los marrones y chiclosos Vaquita, que en algún lugar de mí dejan de ser dulces y gritan la necesidad de un supositorio capaz de vaciar, de una interrogante tan grande, a un estómago demasiado pequeño.

Groserías

Conocer las malas palabras para no pronunciarlas. Las llamadas “groserías”, permitidas a los mayores y vedadas a los niños. ¿Será necesario conocer también las malas acciones y así...?

—¡Aprende, carajo, mojón de mierda, hijo de la grandísima puta, mal parido... aprende y no me jodas, maricón!

Aprende lo obvio. Pero sobre todo la entrelínea, muchacho, que se te exige —y la naturaleza te dota para ello— lo necesario para sobrevivir.

*«¡Oiga muchacho de mierda no pida pan!
Mire que tengo mucho que trabajar...
porque afuera lloviendo está,
con tropos de agua vaya a jugar,
¡Mi carajito no haga llorar a su mamá...!»*

¡Ha dicho *mierda*! ¡Y *carajito*! La canción ha dicho dos groserías! Si un disco registra esas palabras cantadas por un poeta, entonces tal vez su inconveniencia o maldad no sea absoluta.

«¡... *No haga llorar a su mamá... no haga llorar...!*»

El cantautor continúa desgarrando la batea donde lava la proletaria. ¿Algún día se asomará a cantar el rincón de la vida en donde ha ido a parar el carajito mientras su madre restriega el jabón Las Llaves contra los pantalones de la peonada? ¿Necesitará alguna mala palabra o “grosería” para esa canción?

Saúl ha dejado de comerse alguna empanada y de tomar algún refresco o cerveza para comprar los más recientes éxitos de Alí Primera. Un álbum que trae impresas las letras de todas las canciones para que uno las lea bien, comprenda y se sume a la protesta emocionada de *El Cantor del Pueblo*. Saúl está a punto de graduarse en la Escuela Técnica Industrial. El primero en la casa –tal vez en toda su familia– que va a obtener un título profesional. A nivel medio, pero título. Especialista en Electricidad. Mi papá es profesional, pero no con título, sino por la experiencia y tantos cursos en el Instituto Técnico de Capacitación Educativa. Se graduó de bachiller en Humanidades –de noche, mientras trabajaba– pero no ha llegado a terminar Administración de Empresas: demasiado esfuerzo para un hombre casado con cuatro hijos, nueve hermanos, intereses deportivos, preocupaciones místicas y, por sobre todo, carente de vocación para esa carrera. ¡Si todavía se tratara de Derecho que es lo que siempre quiso estudiar pero no pudo porque sólo la dan en el turno de día! ¿Para qué un título de Administrador si eso no le supondría un sueldo mayor o unos conocimientos que satisfagan necesidades que valgan la pena? Pero bueno, papá es otra historia. Ahora sólo es el hermano mayor de Saúl e importante referencia para sus otros hermanos (también para mí, claro).

Saúl es el hijo del medio. El quinto ¡y no hay quinto malo, según el refrán! Verbigracia, ya lo he dicho: será el primero en hacerse con un título. Un joven serio ¡serísimo! La propia composición de su rostro le predispone a ello (¿o será al revés?): cejas juntas y pobladas, anchos pómulos y grandes ojos negros con esas inmensas pestañas que son el sello de la casa. La verdad es que apenas le veo cuando visitamos a mi abuela. El hogar no parece ser el sitio más cómodo o interesante para un adolescente; mucho menos para un futuro profesional, lector de

Marx, con buena pinta y en plena explosión de testosterona. Ávido de mundo. Tal vez cuando yo tenía pocos años me llegó a cargar en sus brazos. Lo supongo porque entre las fotos de casa hay una en la que aparezco junto a él y otro tío mientras, no se sabe si río o lloro, me como una barquilla con helado de chocolate. Creo que hoy por hoy sé más yo de él que él de mí. ¿Qué de importante puede tener para Saúl que su sobrino esté mudando dientes o se sepa la tabla de multiplicar, aunque apenas esté en segundo grado?...

Ahora que lo pienso, a excepción de Monche, el hermano de crianza de mi mamá, los hombres de la familia apenas tienen contacto con uno. Es posible que tampoco me hayan tomado en brazos cuando era un bebé porque en este contexto un hombre “hombre” no carga “carajitos” —al menos en público— ¡y ya ni pensar en que lleve por la calle una canastilla o sea capaz de cambiar un pañal! Aunque bastante próximos, esos tiempos todavía no han llegado y mucho menos a los predios de una parroquia interiorana. Los niños, sus cuidados y caricias, siguen siendo “asunto de mujeres”.

Ellos —los hombres “hombres”— salen y entran cuando quieren y pueden decir groserías. ¿Será por el bigote? Saúl tiene bigote y barba, con cuatro pelos, pero barba. Igual que Joseíto, un contemporáneo suyo, que vive en mi bloque; único hijo varón de la vecina de al lado. Joseíto no dice groserías. En realidad, dice poco. Pero sí hace. Y yo ya sé (o creo saber) lo que es “hacer groserías”. Hacer groserías con la mano, por ejemplo, es erguir frente a alguien el dedo medio; o meter el índice de una mano en la argolla que forman el pulgar y el índice de la otra, moverlo y a su vez tal vez decir “¡El coño de tu madre!” o “¡Por aquí, pendejo!”... Hacer groserías es también cuando nos metemos en el clóset las hermanas de Joseíto y yo, y ellas intentan que nos besemos como en las fotonovelas y me agarran el pajarito dormido o me ponen la mano para que yo les toque “ahí”. Y eso es lo que más me gusta: cuando La Negra, que ya tiene pelitos, me lleva la mano y siento sus rizos entre mis dedos. Y salivo y salivo como en un trance de muerte chiquita en chinchorro de llovizna... Hacer groserías tiene que ver con el sexo. Está claro que voy comprendiendo la entrelínea, lo que no se dice. El ejercicio de callar. No debo contar a nadie que un día, cuando

su mamá no estaba en la casa, Joseíto jugó con su hermana pequeña y conmigo: sus dos piernas eran dos caballitos y él, tras quitarnos los pantaloncitos cortos, se sacaba su paloma –paloma y no pajarito, porque ya él es grande– y lo rozaba junto a nuestras nalgas mientras ¡*Arre, arre!* galopábamos riendo, porque era un juego. Pero, claro, un juego como los del clóset, de los que no hay que comentar nada porque es muy probable que sean “groserías” y entonces...

Pajaritos, palomas, culitos, rabos, pelos, manitos y deditos, tienen que ver con “hacer groserías”. ¿Cómo y cuándo comienza el aprendizaje de la entrelínea? ¿Cuáles son los criterios de evaluación de esta asignatura de la educación informal? La capacidad de silencio, tal vez. La degustación del temblor, quizás.

Hoy Saúl está que no cabe de la alegría: los diez mejores de su promoción –aún por celebrar– ya tienen trabajo. Se irán al sur, a Guayana, donde crece el nuevo país, donde se desarrollan las industrias de la energía y los metales, crecen los sindicatos, las urbanizaciones de estilo norteamericano y, por supuesto, los prostíbulos. Tendrán un sueldo que jamás ganaron sus padres, aparte de casa y servicios pagados.... pero sobre todo ¡mujeres! Después del acto de graduación, se irá. A los dos días apenas. Tras catorce horas en un moderno autopullman empezará su vida de soltero profesional con habitación para él sólo. Sus dos hermanas le acompañan en la alegría, no sin dejar escapar cierto suspiro melancólico: quitando a mi papá, es el primero que abandona el nido ¡y tan lejos! ¡A la parte más anciana de la tierra! ¡Donde el futuro se cuece y *El Dorado* puede ser más que una leyenda!

Pero, ¿qué hago aquí este día? Sí, claro, es julio, ya he terminado las clases –he pasado eximido con diecinueve puntos para tercero– y ayer jueves por la tarde me han depositado aquí hasta que me toque irme a casa de la otra abuela. Dos casas con patio para mis vacaciones escolares. Esta, con mucha gente, tamarindos, toronjas, ponsigué, guayabos, loros, perros, gatos, hormigas, morrocoy y canciones de protesta en el picó... la otra, con almendrones, helechos y baños al sol sintiendo la máquina de coser de mi abuela Carmucha. Allí soy el único muchacho, un sereno Narciso incapaz de imaginar que puede ahogarse

en la ponchera de peltre en la que se ve reflejado junto a los nenúfares tropicales que mima una señorita vieja... Pero desde ayer tarde estoy en este patio, el ruidoso, donde soy uno más y no Narciso. Y justo ahora, cosa extraña, no hay algarabía. ¿El silencio puede existir aquí también? Imposible creerlo. Pero sí, ha pasado el mediodía y no es sábado ni domingo. ¡Qué desconocido me resulta este patio un día de semana! No combina con el silencio. Pero lo hay, y los que están –incluso el loro y mis compañeros de juego, Darío, Yolanda y Brillit– duermen los vapores de un hervido de res con muchas verduras.

Paseo. La siesta, no sé por qué, me resulta demasiado ajena. ¿Será por estudiar en los dos turnos? El silencio me descoloca y quiero que sean ya las tres o las cuatro, que comience el ruido, la colada del café vespertino, la radio... ¿Será el techo de platabanda o la forma como le da el sol lo que hace que la sutileza del silencio desconozca esta casa, y parezca que sólo existe en medio del ruido? Doy vueltas por entre las plantas y las paredes sin frisar de esos cuartos de atrás que no acaban de terminarse nunca, las montañitas de piedra y arena, las gaveras de refresco... Y hasta las hojas del inmenso tamarindo se mueren estúpidas y aburridas como acomodadores de un cine en el que no hay espectadores, como siendo a pesar de sí mismas.

Me acerco a una de las piezas de atrás y allí está Saúl que, extrañamente, no duerme. Tumbado en una de las dos camas parece recordar su futuro próximo mientras sus ojos apuntan al bombillo apagado que cuelga. Se debate entre la nostalgia y la culpa por sentirse tan feliz ante el inminente desprendimiento. Entonces entro, tímido y silencioso. Para mi sorpresa percibo que me ha visto y no sólo me ha mirado. Y me asombro aún más cuando, rompiendo con sus encontradas emociones, opta por la euforia de lo por venir. ¡Y el porvenir también soy yo! ¡Yo que nunca digo groserías y he pasado eximido para tercero! ¡Que seguramente un día también me gradúe con honores como él! Y sus manos entre mis axilas me llevan a su espléndida sonrisa, que luego es risa, brisa sobre la cama que se deshace de vueltas y saltos, de manos, piernas, arabescos, y él está contento y yo río también desconcertado. ¡Está jugando conmigo, cariñoso y familiar como los padres, tíos y abuelos de las series de televisión! Guerra de almohadas y yo de cabeza, agarrado

por los pies como un conejo, me río como en un parque de atracciones y parece que me caigo, pero no, sé que él no lo va a permitir y en el trajín nos damos un cabezazo y nos reímos otra vez mientras vuelvo a caer, de espaldas a él, que alegre me abraza entre carcajadas...

Entonces, viéndome así, entre sus piernas, en los segundos antes de que él tome aire para volver a darme otra voltereta, se rompe mi risa y le miro:

—¿Qué pasó? —me pregunta intrigado, con una media sonrisa sostenida.

—No, más no.

—¿Qué pasa?

—Que...

—¿Qué?

—Que... que... me estás haciendo groserías.

Y he dicho esto como si no estuviésemos solos, como si un ventrílocuo hubiera hablado por mí.

Deshaciendo la sonrisa, sus cejas se juntan, sus pupilas se inflaman queriendo atravesarme, ir más allá de mis palabras, deseando atrapar al ventrílocuo, destapar sus oídos en su propia incredulidad.

—¿Qué?!

De la palabra ternura a la palabra horror. De la palabra alegría a la palabra desprecio:

—¡Muchacho de mierda!

Me suelta y se incorpora interrogándose con asco sobre esa subespecie que tiene enfrente, a la que ha estado regalando lo mejor de sí. Un estropicio. Causado por mí, no por él. Cristales punzantes por todos lados. “¡Muchacho de mierda!” Él es grande y puede hacer uso de esos recursos del lenguaje, las groserías. Yo no. Todavía desconozco las palabras frustración, culpa, violación, abuso, transgresión o crueldad...

tampoco la palabra resentimiento. Intuyo la certeza de que será el único hombre de la familia que habrá jugado tierna y alegremente conmigo. En el limbo entre la inocencia y la culpa, en el lamento de la pérdida, se mueve dentro de mí algo que tal vez sólo puede ser resumido por una expresión:

«¡Mierda!»

Pero callo, porque los niños no podemos decir goserías.

La sillita de Aleyda

La sillita en el patio. Una armazón hecha con cabillas de metal y un tejido de mimbre forrado de plástico grueso. Azul, rojo y morado se entrecruzan. Algún pedazo destejido sobresale. Una pata hundida en el barro, bajo el inmenso tamarindo. Melancólica la sillita de Aleyda. Hace algunos años aparecieron dos: una para ella y otra para su hermana Neyda. Las dos muchachas de la casa. La de Aleyda, baja, delgada, igual a ella. La de Neyda, un poco más abierta y en colores más cálidos, naranja, verde, amarillo... Son suyas y son de todos. Ruedan por el patio haciendo líneas con las patas mientras cualquiera las empuja. Anochecen en el porche, bajo el bombillo de poca potencia o amanecen acusando gotas de aguaceros nocturnos.

Aleyda suele sentarse con las piernas muy juntas, dejando ver a veces las rodillas marcadas por una cicatriz infantil que le acompleja. Por más que se echa sebo por las noches, no desaparece. Suele tapársela con esas manos huesudas y venosas que, expresivas, se encargan de contener la curiosidad por la vida que su mirada deja colar de vez en cuando. Se sienta con su sonrisa siempre dispuesta y el moñito que le merece las críticas de casi todos. Al fin y al cabo, sólo tiene veinte años.

¡Ese peinado de vieja! que le hace parecer una niña anciana. Sus ojos generalmente traslucen confianza, sentimientos de inocencia. Cocina rico Aleyda, se le dan muy bien los dulces y también esa pasta con salsa de tomate y queso rallado que de tan sencilla resulta deliciosa. No sé por qué dejó de estudiar, tiene la mejor letra de la casa y le lucía mucho el yumper verde con la camisa mostaza del liceo, las medias blancas, los cuadernos de espiral protegiendo sus senos, que aunque pequeños resultaban atractivos bajo el último botón de la blusa y la cadenita de oro. Le gustaba la biología y quería estudiar Medicina. Seguramente habría sido una excelente doctora, enfermera o paramédico: tras su apariencia de frágil Sílfide criolla, ocultaba ese don de la energía para afrontar con rigor cualquier herida y disponerse a curarla imponiéndose con ternura ante las protestas, remilgos y quejas: *¡Tienes que aguantar para poder curarte!* También, inesperadamente, sabía Aleyda responder a los insultos de sus hermanos cuando pretendían minimizarla por su condición de mujer:

—¡Mierda! ¡Que eres una plasta de mierda, muchacho de mierda!

Era extraño escucharle decir una mala palabra. En realidad, creo que la única era ésa y la usaba en especial para con dos de sus siete hermanos, Güicho y Hermógenes. Ovando trabajaba con este último. Eran compañeros de cervezas, rones, templetes y burdeles. *¡Viva la caña, la prostitución y las malas costumbres!*, decía Ovando, ebrio y festivo, se le hinchaban las venas del cuello, verde sobre rojo, rojo llanero, rojo hijo de pulpero y señora católica quisquillosamente aseada; rojo fastidio de tanto madrugar, dar fiado y cargar sacos, cajas y guacales. Aunque en la época de Aleyda y su sillita, ya no tenían bodega, ahí seguían las tres puertas del local junto a la casa esquinera, a una cuadra de la de mis abuelos. Ovando, primogénito y único varón, veía a los hermanos de Aleyda casi como suyos. Ya en la adolescencia, les empezó a decir cuñados porque siendo un niño, se enamoró de Aleyda y sabía que sería la mujer con la que tarde o temprano se casaría. Pese a los performances de rabia e indignación de ella, él no cesaba de lanzarle piropos y llamar suegros a mis abuelos. Lo tenía muy claro: esa vecina de toda la vida era su amor y sería la madre de sus hijos. Mientras tanto *¡Viva*

la caña, la prostitución y las malas costumbres! Los hermanos de Aleyda, hombres también, lo entienden.

Ella, sin embargo, le torcía los ojos: *¡Ay, gafó, muchacho! ¡Sacúdete!* Aparte de Ovando, no se sabía de ningún otro pretendiente, enamorado o similar. Cuando estaba en el liceo, algunos compañeros venían con sus sillas de lona, sus patillas largas y sus pantalones acampanados a resolver problemas de matemáticas, física o química en la pizarra. Pero eran sólo eso: compañeros.

Aleyda y Neyda son tan inseparables que parecen siamesas. Parecían no poder vivir la una sin la otra, ser las mejores amigas, guardarse todas las intimidades y, pese a la edad, no echar demasiado de menos la relación con un hombre. Las dos salieron de un moreno claro curtido y facciones de mestiza afinada como su abuela materna. Sólo ellas sacaron el cabello liso o, mejor dicho, con largas ondulaciones. Lindas las señoritas de la casa. Ésas con las que no se pueden meter los amigos de los muchachos. Las sagradas. Claro, de puertas hacia fuera, porque de puertas hacia adentro se les puede llamar estúpidas, imbéciles, ridículas... *traéme agua, dónde está mi comida, pajúa de mierda...*

Pero, como decía antes, ellas no se dejan. Hasta una vez se le oyó decir a Aleyda *¡Mojón de mierda! ¡Negro del cipote! ¡Yo no soy sirvienta tuya!* Aunque no por eso dejaba de servirle la pasta con salsa de tomate y queso rallado, o las arepas con huevos revueltos y aguacate; tampoco de lavar el baño o de fregar los platos, ni de permitirse, junto a Neyda, la fiesta matutina de los sábados, ¡la limpieza general con vela derretida para pulir el piso! Hay una melancolía extraña en Aleyda. Una femineidad dulce que parece avergonzarla. ¿Tendría que ver esa rara melancolía que se dejaba colar cuando se sentaba en su sillita al bajar el sol de la tarde? ¿Sería una falsa idea de sí misma que la hizo desistir de ir a la universidad a estudiar Medicina? Existía esa posibilidad, y seguramente su hermano mayor, el único que no vivía con ellos, la habría ayudado, pues permanentemente preguntaba a mi abuela Columba qué necesitaban las muchachas, *¿Tela para un vestido de año nuevo? ¿Algunos zapatos? ¿Una cartera? ¿Una medicina, un capricho...?* ¡Las muchachas!

—¡Vienen a pedirla, vienen a pedirla!

Grita Darío, que viene corriendo junto a otros muchachos, un domingo por la tarde, adelantándose a media docena de hombres que exudando cerveza cruzan el puente y la canal, desde la esquina de la bomba de gasolina. ¡Qué extraño eso de pedirla! ¿Cómo es eso de que se pide a alguien como si fuera un par de huevos o un poco de sal para el guiso?

—¡Vienen a pedirla, vienen a pedirla!

Nervios, carreras, risas de mujeres avergonzadas. Los abuelos jugando *Caída* con sus semillas de maíz y caraotas. Mi abuela voltea, pesados los párpados: ¿*Qué vaina es?* Suspira. Mi abuelo alza la vista sobre los lentes y vuelve a acariciar sus cartas. La luz cansina de las seis de la tarde roza los cuartos de atrás, cruzando desde las ramas del mango. Sale la mujer de Hermógenes sacándole los gases al niño. El vecino, que también juega, esboza una sonrisa pícaro de italiano anarquista: ¡*Se suspendió el juego, Cirilo!* Encabezada por los ladridos chismosos del perro, la comitiva viene directo hacia ellos. Mi abuela suspira cuando Ovando aparece coloradote con tres rones entre pecho y espalda, amén de las cervezas, y los mira con ojos vidriosos.

—Señor Cirilo, vengo a hablar con usted.

Mi abuelo mira a su mujer como diciendo qué remedio y, haciéndose el que no tiene idea del porqué del jaleo, hace un gesto para decirle que suelte lo que tiene que soltar y que le deje ganar la partida de *Caída*.

—Aquí no, señor Cirilo.

Miradas. Mi abuela vuelve a suspirar. Ve a mi abuelo como dándole permiso para que se levante. Ambos se encaminan hacia el comedor donde está un barco enorme pintado en la pared. Todo es rebulicio y, calladamente, Aleyda agarra su sillita y se sienta en un rincón. Los dos hijos mayores y casados, cual duques, escoltan a los viejos. Todos los

demás son todo risitas y picardías, aguzados oídos para Ovando, ojos incisivos para Aleyda. El perro sigue ladrando, pero nadie lo oye.

—Señor Cirilo, Jesús, Hermógenes... Con todo respeto, yo venía a pedir a Aleyda.

Algunos actúan la sorpresa. ¡Hasta que al fin, muchacho! Y una risita sardónica entre los dos hermanos mayores es detenida por el carraspeo autoritario de mi abuelo.

—Bueno, mijo... si ella quiere... ¿Qué dice ella?

Pero ella está hundida en la sillita, metida la cabeza entre las piernas, queriendo desaparecer ¿de vergüenza? Todos observamos. ¿Qué va a responder? Veinte, treinta, cuántos segundos largos. Su hermana Neyda le agarra el hombro y, al fin, sale su cabeza con el rostro morado como la sillita, para asentir veloz y volver a hundirla entre las rodillas y las manos que tapan la cicatriz.

Todos reímos. Ya está. Son novios. ¡Eeeeeesooo! La comitiva masculina se va entre abrazos a Ovando que promete seguir bebiendo hasta que el cuerpo aguante. Todos los niños y el perro la siguen hasta la salida de la casa. El vecino italiano felicita a mi abuelo que junto a mi abuela chancletea fastidiado hasta la mesa para iniciar una nueva mano de *Caída*. El reloj marca las seis y veinticinco. *Cirilo, ya te toca la pastilla...* ¡Esta muchachita, tráigale la pastilla a su tío! y se sientan a barajar las cartas y ordenar por enésima vez los granos de maíz.

Yo, algo frustrado porque esperaba más de tanta bulla, observo desde el muro de la sala cómo Neyda se dirige a la cocina mientras habla sonriendo hacia Aleyda: *Voy a montar el agua para la pasta, hay que picar las cebollas para la salsa*. Pero la hermana sigue incrustada en la sillita, ya pedida y concedida. Destinada, con la cabeza entre las piernas. ¿Riendo? ¿Llorando? ¿Pensando? hasta que se encienda el bombillo y anuncie que ya es de noche.

Bruno

Entre agobios y papeles andaba, cuando lo vi entrar y me sorprendió. Era casi una réplica de Bruno hace más de veinte años. Un negrito menudo, bajo, sempiterna talla 28 de pantalón, sonrisa entrañable y ojos saltones con francas pestañas. Su nombre: Wilfredo Sánchez. Venía de una isla colombiana llamada San Andrés. Así que, luego de ofrecerle tomar asiento, aún impresionado y estimulado por los recuerdos que me trae su apariencia, le escucho con más atención que de costumbre: inmigrante ilegal, pastelero de oficio, conocimientos de inglés y algo de francés, de humilde familia, con seis hermanos criados a punta de un puesto de pescado frito junto a la playa, un entusiasmo sin igual por Madrid, una envidiable curiosidad por la cultura y, sobre todo, unas inmensas ganas de vivir. El motivo del traslado de Wilfredo a España no me era desconocido: era seropositivo desde hacía años, ya empezaban a bajar sus linfocitos T4 y le era urgente comenzar un tratamiento antirretroviral. Llegó gracias a un ligue salmantino que, tras conocer como turista allá en la isla, le ofreció villas y castillos, y que a las dos semanas, harto de su novedad caribeña, le había puesto las maletas en la puerta del pisito en Aluche: *¡Lo siento, chaval, la vida es así!* ¡Y ahí te pudras! Apurado, Wilfredo había encontrado un trabajo como

ayudante de camarero, pero *en negro* –nunca mejor dicho– y ahora compartía habitación con tres gays más cerca del metro de Tetuán.

–Para mí es muy importante tener Seguridad Social, por los remedios, tú sabes.

–¿Fuiste al ambulatorio de Sandoval?

–Sí, ahí me enteré que ando por 200 T4 y tengo que empezar a tomar los remedios, pero ellos no los dan, sino...

–Tranquilo, no te desesperes. Te derivó al médico de nosotros, que también es voluntario y vamos viendo. Cuando sepamos qué tratamiento te va, aquí tenemos un stock y te los damos. Mientras, intentamos ver cómo entras en el programa, para que te pongas en control y no tengas problemas ¿vale?

–¡Vale! Pero estoy muy angustiado, porque sin papeles, si tengo que irme de nuevo a Colombia, imagínate, allá ni lo que gana mi familia al mes serviría para pagar esos medicamentos, muchos de mis amigos se murieron y...

–Tranquilo, Wilfredo, la cosa no es fácil pero ten paciencia. Para eso estamos nosotros, para ayudar a gente como tú. Ten fe, paso por paso, vamos a ir viendo ¿te parece?

–Gracias.

–Toma la ficha, llénala. Anda a que te den cita y te vienes en una semana a hablar conmigo.

–Vale, tío. Gracias.

–¿Quieres condones? Toma, llévate estos.

–¿Gratis? Gracias, ¿eres costeno?

–No. Venezolano, casi lo mismo.

–¿Llevas mucho aquí?

–Algo, siete años.

–¡Guao! Entonces tienes papeles... Bueno, gracias, tío. Hasta luego.

–Hasta luego. (¡Otro suramericano sin papeles que se viene para poder salvar su vida... al menos, este tiene un oficio!)

El oficio de Bruno, mi tío, era la albañilería. Era bueno. Trabajaba con su hermano Hermógenes. A diferencia de los demás y, paradójicamente dado el trabajo que desempeñaba, parecía bastante frágil,

era silencioso y siempre tenía una encantadora y tímida sonrisa que le hacía ganar simpatías en las muchachas que pululaban por casa de mi abuela. Era casi anodino y apenas se le sabía porque le nombraban los demás. Más eco tenía el amigo que siempre estaba a su lado. Cocoloco le llamaban. Cocoloco era todo un *pavo*, un *superbrother chévere cambur* y a la moda: pantalones apretados con pretina y botas acampanadas, camisas de poliéster con bacterias de colores atrevidos, correa de gran hebilla y zapatos pisamojones. Bruno, por el contrario, era más sobrio, casi antiguo, casi rural. Cocoloco venía a buscarlo viernes y sábados por la tarde y sus salidas eran —o así me lo parecían— diferentes a las de los otros tíos, algo misteriosas. Como si sus lugares de farra quedaran en el otro extremo de la ciudad. Intento recordar la voz de Bruno pero me surge sólo una aproximación que se confunde con las voces de mis otros tíos. Lo veo, eso sí, silencioso, pidiéndole dinero a Neyda, su hermana preferida. Era parte de su propio salario. Se lo entregaba a ella para que se lo guardara y administrara. Él a su vez le ayudaba a comprarse esos zapatos caros que ella valoraba tanto, o le daba para el cine, para un Banana Split en el Centro Comercial o... La quería mucho. Sí, me cuesta el recuerdo auditivo, al menos de cuando estaba sobrio. Y por eso tal vez su imagen se me hace más clara. Había en sus ojos una especie de hondo sufrimiento. Sufrimiento que fue creciendo y que a veces se dejaba escuchar —con una voz que no se podría recordar exactamente como suya— cuando respondía borracho a los insultos de sus hermanos y amigos de la cuadra. Su eructo más indignado invadía el ambiente cuando le llamaban “La Baca” y lo asociaban, entre risas de viril crueldad, con una vieja calientorra y desdentada que trabajaba en un burdel que todos conocían. Yo no entendía el porqué del apodo, ¿por qué “vaca”? ¿Y por qué le molesta tanto, si es un apodo tan inofensivo como el animal ese que aparece comiendo hierba en mi libro de Ciencias Naturales? Y es que Bruno, llegó un momento en el que comenzó a agarrar unas peas tan descomunales que, durante los madrugonazos, sus compañeros de bonche se veían en la necesidad de echárselo al hombro y turnárselo uno a uno, como en un vía crucis compartido en el que la cruz era él, semejando el bacalao de la Emulsión de Scott. ¿Una cervecita más, Baca? ¡A mí no me digan Baca, coño e’ la madre!

¿Y por qué recuerdo ahora a Bruno y esos lúdicos días de los primeros años setenta, en medio de este invierno madrileño un viernes antes de salir de marcha? ¡Ah, sí, el chaval colombiano sin papeles! *Aló, ¡mamá! ¿Qué tal todos por allá? Bien, hijo, todos bien. Bueno, fuimos a Maracay, el que no está muy bien es Bruno, ¿oíste? ¿Bruno? Sí, ¿qué tiene? No se sabe, parece que es algo del hígado. Tú sabes, como él bebe tanto...*

Me pido un *Jotabé* con *Ginger Ale* en el *Black & White*. ¡Estas loquitas puyudas de la barra son una ladilla para atenderte! Y más cuando es sábado y hay show travesti. Está hasta los topes. Los viejos a millón buscando *chaperos*. Cada vez hay más cubanos y portugueses. Los camareros prefieren atender a los viejos porque les dejan mejores propinas. Al fin tengo mi trago. Me dirijo a bailar un rato y a husmear un poco en el piso de abajo. No tengo ganas de ver el show. Ya me lo sé de memoria: Tony “La Meiga Arrebatada”, Barabarella Puticella, Montse la charnega... pero, de pronto, anuncian una novedad: *Hoy tendremos nada menos que el debú de La Conguito, la doble de Celia Cruz ¡Azúcar!...* y sonrío ante la ocurrencia de que la telenovela y la inmigración son como una especie de conquista al revés, una venganza de los latinoamericanos con quinientos años de retroactivo... Sí, esperaré para vacilarme eso de la Celia Cruz. Subo con mi tercer trago —¿o es el cuarto?— cuando presentan a la fulana debutante, La Conguito. ¡Cuál no es mi sorpresa, al ver al muchacho de San Andrés con una peluca azul metalizado y unos tacones que cada vez que se mueve parece que se va a ir de boca! *¡A papá, cuando venga papá, yo le voy a contar a papá, lo que tú me hiciste a mí, detrás de la empalízala!* (Así estará de pelando este pobre muchacho que está aquí haciendo semejante ridículo. ¡No baila, no sabe hacer *play back*, como mujer luce espantoso y, encima, ni siquiera se sabe la canción! ¡Qué vaina la necesidad, que tiene cara de perro!)

Hacía tantos años que no veía a Bruno. La última vez estaba viviendo con su hermano-jefe-ídolo? y la familia de éste. Ya entraba yo en la adolescencia y como intuyendo pronto adioses, observaba todo con distancia. Bruno quitándose la franela y cruzándose la toalla para bañarse. Bruno borracho ya al probar la segunda cerveza. Bruno silencioso. Bruno maldiciendo ¿qué? con balbuceos ininteligibles, llevado por alguien hasta una cama. Bruno saliendo con su arepa envuelta en papel

de aluminio, metida en una bolsa plástica y limpiándose las lagañas, presto para encontrarse con cabillas, cemento, cal y arena, bajo la pepa de sol. Bruno comiendo una sopa con su mirada caída pensando ¿en qué? Pese a su cuerpo siempre joven, parecía encerrado en una gran imposibilidad que envejecía su expresión. Como si no hubiera sido capaz de crecer al igual que los otros; como si, aunque quisiera, no pudiera sublevarse a la mordacidad de los demás cuando le llamaban “Baca” o le trataban con displicencia. Como si el sacrificio diario del pico y la pala no lo hubieran dotado del lugar que añoraba entre la manada. ¿Cuándo comenzó a beber tan compulsivamente? ¿Cuándo empezó a apagársele la mirada? ¿Cuándo sus pestañas iniciaron la caída? ¿Cómo acumuló tanta soledad en medio de una familia numerosa?

—Me gustaría mandar algo a mi familia, pero ¿cómo hago, si apenas tengo para pagar mis gastos? ¡Bueno, ni eso: debo dos meses de la habitación y ya me están diciendo que vaya viendo cómo hago! ¡Y en pleno invierno!

—Pero, ¿te gusta lo que haces?

—Sí, a mí siempre me gustó cantar y disfrazarme. Pero la noche mata mucho, sabes. Por la mañana, me veo en el espejo y pego un grito cuando me veo las arrugas cerca de los ojos. Pero, ¿qué iba a hacer? Después que salí de trabajar en esa sauna de mala muerte, tanto llenar planilla para que no me llamaran... lo único que se me ocurrió fue ponerme los tacones y echarle cojones! Yo les dije que quería hacer era de Whitney Houston pero se empeñaron en que mejor la guarachera, porque como la salsa está de moda y yo soy de por allá. Está bien, pero sigo sin tener Seguridad Social y además, yo soy pastelero, sé inglés, chapurreo el francés y el papiamento. Compró el *Segunda Mano*, llego de primerito a las entrevistas, meto los papeles, pero no sé qué pasa. Últimamente me pregunto si será porque soy negro, ¿tú qué crees?

Es muy posible. Lo pienso, pero no se lo digo. Suspiro esperanzado en que esa otra España, progresista y beligerante contra la desigualdad y el prejuicio racial, asome en la vida de este muchacho.

—¡Siento que he envejecido diez años en estos diez meses, tío!

¡Y yo siento ganas de tener una panadería o un restaurante para darle trabajo! ¡En fin...! Me pregunta qué estoy bebiendo, le digo y Wilfredo mueve sus influencias en la barra. Me traen otro *Jotabé* con *Ginger Ale*.

—Empecé a reunir pesito sobre pesito. Tenía mi idea clarísima: “¡Yo no me voy a quedar en San Andrés ¿para qué? ¿para morirme? ¿para hacer sufrir a mi familia? ¡No!” Y se lo propuse: “Vámonos, Yazael, allá vemos qué hacemos”. Yo sentía que él quería pero no tenía fuerzas, tenía su trabajo en el colegio y era demasiado apegado a su familia. También tenía novia nada más que para que sus hermanos no sospecharan nada. Ahora me escribe unas cartas que me hacen llorar. Si alguien me ha querido, ha sido Yazael. Pero yo no podía quedarme por él. Claro, él no está infectado como yo. Yo se lo dije y peleamos. Y entonces fue cuando empecé a ahorrar más, conocí al guebón de Aluche y me vine. Bueno, se lo agradezco porque, de alguna manera, me dio el empujón... a veces, me da tristeza y pienso en Yazael y en mi abuela. En ellos es en los que más pienso... echo unas lagrimitas y ya. Algún día los volveré a ver... si no me agarra la policía y me deportan antes, claro...

En el bar casi vacío, ya sin las plumas y el pelucón azul metalizado, *La Conguito* ha vuelto a ser Wilfredo Sánchez. Bebe un Trinaranjus de limón y su mirada, ahora resaltada por las cejas depiladas, se vuelve ¿hacia San Andrés? ¿Hacia su esperanza queriendo escurrirse? Entonces, vuelvo a ver a Bruno y su tristeza una tarde hace mil años.

Abro un inmenso libro del Círculo de Lectores. La casa de mi abuela es tan rara, ella dice que somos pobres pero a veces yo creo que no tanto: este libro es muy caro, tiene un montón de fotografías a todo color. Es un estudio sobre la conducta humana y en la portada trae un mono. Habla de distintas culturas, de gestos y rasgos según donde uno nace, el clima... aparecen manos que indican el alfabeto de los sordos... distintos tipos de llanto, desde el berrido más descontrolado hasta ese de una lágrima que rueda, casi gozosa, devocional, sobre la mejilla de una mulata en no sé qué país oriental... me llama la atención la palabra *reyerta* bajo la foto blanco y negro de unas personas en el sur de los Estados Unidos. Leo: Rosa Parker, Martin Luther King,

Malcolm X... otra en Londres con dos rubios abrazados, sonríen a la cámara. Llevan pantalones cortos y camisetas rayadas, parecidas a las de los payasos Gaby y Fofó. Otra vez la palabra *reyerta*... Stonewall, Nueva York. Paso la página y aparecen muchos culitos embutidos en jeans y con pañuelos de colores en el bolsillo. Leo: "Lenguaje utilizado por la comunidad homosexual de San Francisco... Activo, Pasivo... Coprofagia..." no entiendo, pero igual me parece bonito el conjunto de colores dispuesto geométricamente...

Es la pesada hora de la siesta. Ante la dificultad de dormir, intento no aburrirme. Por eso el libro. Escucho algo en el cuarto del fondo, el que está junto al lavadero, tras las trinitarias. Ese donde tenían a la tía abuela María de los Santos cuando cayó en cama y gritaba que un animal se la comía por dentro. ¿Quién estará allí? ¡Qué miedo! De pronto, veo salir a Cocoloco, sudando bacterias sobre el negro de la tela sintética y encendiendo un cigarrillo. *Hola, brodercito... Hola.* Me pasa la mano por la cabeza, se saca una caja de chiclets del apretado bolsillo, me da uno y sonríe. *Chao, brodercito. Chao.* Sale echando humo y mascando chiclets y sigo con lo mío. Unos minutos, alguna brisa en el solazo y, al ver cruzar a Aleyda de su cuarto al baño, decido dejar el libro: seguramente ella sabe que en este aparecen varias fotos de mujeres desnudas y mejor evito esa mirada que me sé: *¡Te conozco, pajarito!* Como todavía falta para que todos despierten, me voy al fondo, hacia las trinitarias y la higuera, a ver si logro tumbar un higo maduro. Veo uno en lo alto y subo a un ladrillo. Casi me caigo, así que me sostengo de la reja de la ventana. Y entonces lo veo: Bruno, sin camisa, con la quijada apoyada en sus puños. ¿Qué le pasa? ¿A dónde mira? Al igual que a la muchacha del libro, una lágrima muda, doliente y resignada le corre por la mejilla tratando de sortear los diminutos volcanes de su acné juvenil. Dudo y estoy pensando qué hacer cuando me sobresalto ante el grito de alguien desde el interior de la casa: la siesta ha terminado.

—¡Aló, ¿Wilfredo?! ¡Te tengo una buena noticia: hay una posibilidad! Es una pastelería cerca de La Puerta del Sol. Vete mañana. El hijo del dueño es pareja del sicólogo que entró a trabajar con nosotros. ¡Es casi seguro que te contratan con Seguridad Social! Anota las señas...

¡Qué bueno llegar dar una noticia así! No siempre es posible. Pero esta vez sí, y es cuando uno siente que la organización y las horas de voluntariado tienen sentido. Wilfredo casi me besa los pies. Me dice que, si se da, dejará lo de La Conguito para las fiestas con los amigos y entonces ya lo iba a ver yo como Whitney Houston, que sí era lo suyo. Promete que con el primer sueldo me invitará a un restaurante japonés. Le digo que no es necesario. Insiste feliz, me despido y cuelgo. Me ducho y enciendo el televisor, mientras me preparo una ensalada. Suena el teléfono. Es mi madre desde Venezuela.

—¡Dios te bendiga! Te llamo para darte una mala noticia. Ayer se murió Bruno, lo enterramos esta mañana. ¡Al fin descansó! ¡Estaba acabadito! Neyda me contó que el mes pasado, cuando cumplió los cuarenta y dos, le dijo que se sentía muy cansado, que no tenía ganas de volver a cumplir años... Se fue tranquilo: se tomó un arroquito, se acostó, calladito como él era, tú sabes, y en la mañana lo encontraron como un pajarito, con una sonrisa en los labios. En la urna, se le veía como feliz...

La reina de la parranda

Hasta entonces, los pocos muchachos de mi familia paterna éramos varones. Virgilio y Darío, mis tíos menores; Jesús Ramón, un primo lejano; mis hermanos Abel y Alí, y yo. Jugábamos esos juegos de uñas negras habituales en los varones: ciudades de tierra para los bachacos, metras, soldados que atravesaban el montón de piedras para esas habitaciones en eterna construcción, barcos de papel en la rudimentaria piscina de cemento que mi abuelo le hizo al morrocoy junto a la higuera, moneos en las matas de mangos o de tamarindos... A mí, la verdad, me gustaban poco esos juegos. Los jugaba, pero me aburrían con facilidad; era lo que llamaban “un poco mariquito”. Prefería aquellos que solíamos hacer cuando se ampliaba el grupo con algunas vecinas: la cuerda, cocinar una sopa de cualquier cosa, construir casas y representar una familia, disfrazarnos, jugar a una boda o un bautizo o, en la vena más enérgica, durante la noche, en la acera, El escondite, La ere, Un dos tres pollito inglés, Cero contra pulcero o El fusilado, que extrañamente, a pesar de mi carácter poco violento, me entusiasmaba muchísimo. También me encantaba escuchar conversaciones y chismes o, simplemente, si era de mañana, sentarme a solas en el patio, absorto mientras el sol me daba en la cara. ¡Sabroso!

—¿Qué haces tú tan solito ahí, muchacho? ¡Anda a jugar con los otros!

—¡Déjalo quieto, ése no rompe un plato!

Un día tranquilo, durante las vacaciones, la trajeron. Callada, curtida, de nariz afilada y cabello largo, espeso. Llegó con un vestido blanco, almidonado, cuyos bordes acusaban cierto color óxido que, no sé por qué, siempre he asociado a ruralidad, a trapo colgado, pasado de sol. ¡Qué curiosidad con aquella niña que acababa de llegar! ¿Quién es? ¿No habla? ¡Una niña en la casa! ¿*Viene a quedarse? Es huérfana. ¿Sí? Se le murió la mamá y es hija de mi tío Saturno. Él no puede cuidar a la niña, sino sólo a los varones, así que va a vivir aquí.* Mis tías le desenredaban el cabello cuchicheando en el patio entre los riqui riquis, las cayenas y las Brilla a las Once. De reajo, yo no dejaba de mirarla. Parece muda. Es bonita. *Es una montuna, prima de nosotros, prima segunda mía, prima tercera tuya*, me dijo Darío, y siguió enterrando soldados entre las piedras. *Se llama Yolanda. Yolanda Guanipa Jiménez.*

—¡Le vamos a cortar ese pelo, mija, usted está cundida de piojos!

Y, efectivamente, en una siguiente visita, Yolanda ya tenía el cabello corto. Y hablaba. Al principio, rezagada, se escondía por los rincones, sin participar de los juegos y apenas acusaba que era con ella cuando alguno de los muchachos le cantaba burlón *Yolanda, la reina de la Parranda/ Qué linda se ve Yolanda/ cuando baila la cumbiamba/ Qué linda se ve*. Conmigo, sin embargo, se atrevió a compartir algunas palabras, siempre asustadizas.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Ella es una vieja. Lo que pasa es que es chiquita, pero esa tiene como doce!

Fue la respuesta burlona de alguno que pasaba por ahí en ese momento. Yolanda no confirmó ni desmintió. Sólo torció los ojos y se fue a fregar. Nunca creí que fuera tan grande, siempre pensé que tenía mi edad.

Poco después, ya era parte de la familia. Ya cumplía un rol. Iba al colegio junto a Darío. Cursaba el mismo grado que yo. Poco a poco se fue integrando a nuestros juegos, cuando los oficios de la casa se lo permitían.

—¡Anda a fregar, Yolanda!

—¿Dónde están mis zapatos marrones, Yolanda?

—¡Pásale un colete a ese baño, Yolanda!

—¡Anda a la bodega a comprar media cuenta de pan, una panelita de mantequilla y un pote de Tiquire Flores, Yolanda!

Progresivamente, fuimos compartiendo más palabras. Me gustaba su cuaderno de Trabajos Manuales, donde tenía pegado un chaleco en miniatura, respunteado; unas paletas de helado figurando una casa, complicadas formas hechas con papel lustrillo, crepé y seda, diferenciando texturas... En mi colegio no hacíamos esas cosas.

—Es que en cuarto ya trabajamos por áreas, como si estuviéramos en un liceo. Porque el colegio de nosotros es un “Colegio Piloto”. Nos dan clases maestras distintas y vamos rotando de salón en salón.

¡Qué fascinante! ¡Como en un liceo!

—¡Mira, muchacha de mierda, pláncame este pantalón, ¿no te dije que hoy tengo bonche?!

Era Güicho, el negrito más guapo de la casa: fibroso, de anchos hombros, delgada cintura y un culo respingón que le daba mucha presencia. Los ojos más seductores de la cuadra, y él era consciente de ello. De modo que su galanura era proporcional a la retrechería que ostentaba. No paraba en casa, su juventud y sus atributos pedían calle, aventura, mujer... cuando aparecía, era dado a los chistes de peor gusto y a asustar a los más pequeños colocándose los párpados hacia atrás. Mis tías respondían con fiereza a sus constantes insultos:

—¡Negro de mierda! ¡Retrechero, antipático! ¡Negro mojino!

Y, por supuesto, a ellas no les reñían por el uso de esas malas palabras. Pero a Yolanda no le estaba permitido, entre otras razones, porque no era grande. Yolanda aprendió a quejarse, pero tenía que hacerlo entre susurros. Pellizcos, coscorriones o peos serían su castigo si se negaba a cualquier oficio que le encomendaran sus primos. Posiblemente fue Güicho quien le inventó el apodo “La Quenga” que nunca supe qué referencia tenía, pero sonaba a loca, desdentada y monstruosa vieja puta de burdel barato.

—¡Mamá, la Quenga no me quiere planchar el pantalón!

—¡No le digas Quenga, chico!

—¡Plánchame el pantalón!

—¡Mi tía, estoy lavando el baño!

—¿No ves que está lavando el baño, chico?

—¿Y entonces? ¿Con qué me visto?

—¡Yolanda, deje eso y vaya a plancharle el pantalón! ¡Bendito sea el Creador!

Y allá iba Yolanda en baja queja: *¡Noo, mi tía...!* y mi abuela: *¡No sea contestona, vaya a plancharle el pantalón!* Torcía los ojos a Güicho, que le lanzaba además una camisa con dibujos sicodélicos, a la vez que le sacaba la rojísima lengua. Ella iba, lo hacía. Acumulando resentimiento.

—Yolanda, ponme la comida, ¿no ves que acabo de llegar y tengo hambre, peazo e’ mierda?!

Era Hermógenes, el mayor de los tíos que vivían allí. Cuando llegaba borracho o amanecido su voz no dejaba escuchar a ninguna otra. Las hermanas se metían en los cuartos o en el patio. Y entonces, era Yolanda la que tenía que servirle la comida entre risas procaces.

—¡Esta pajúa como que se cree que de verdad es *La reina de la parranda!* ¡Sal de ese baño, que llevas ahí una hora!

Recién bañada, bordeando esquinas para esquivar cualquier golpe en la cabeza, salía sin decir nada. Aprendió el silencio y la inmovilidad

como rebeldía. Por eso, ante los gritos e insultos, comenzó a concentrarse en sus cuadernos... hasta que, claro está, después de mucha insistencia, llegaba alguno y la agarraba del flacuchento brazo:

—¿Estás sorda, muchacha de mierda? ¿Dónde está mi short amarillo te estoy preguntando! ¡Tú no estás estudiando nada! ¡Solamente te haces la loca para no hacer lo que se te manda! ¡Mosquita muerta! ¡Hecha-la-bolsa!

Coscorrón o pellizco. Y Yolanda caminando a buscar, entre la cesta de la ropa limpia (o sucia) o en el tendedero, aquel short amarillo.

—¡A esta muchachita va a haber que internarla! ¡Con ella no se puede! ¡No hace caso, se hace la sorda. ¡Y ya yo estoy muy vieja para andar lidiando con malcriadeces!

Y la internaron. Al año, regresó sabiendo muchas canciones y luciendo unos gorros tejidos con pabilo.

—¡Eeesoo! ¡Llegó Yolanda!

—“Yolanda la reina de la parranda/ Qué linda se ve Yolanda/ Cuando baila la cumbiamba/ ¡Qué linda se ve!”

—¡Esta muchachita es un imán para los piojos, así que mejor que no se quite esos gorros!

Desde entonces nunca se le veía el cabello: cuando no tenía un gorro era porque iba a dormir y, en ese momento, se ponía una media de nylon para alisar sus pelos haciéndose un rollete. A mí me intrigaba: ¿Para qué se lo alisa si siempre lo lleva tapado con el gorro?

Por ese tiempo comenzó a llevar un modelo de vestido sumamente extraño. Parecían sábanas recicladas. Tal vez lo eran. Parecía entonces Yolanda una especie de monja laica, encorvada, barriendo siempre a disgusto; una larva envuelta por los rincones esquivando golpes e insultos, lanzando miradas fulminantes mientras apretaba los labios

conteniendo ¿odio? ¿impotencia? A veces, hablábamos. Me contaba del internado o del colegio, y las expresiones del rostro se le suavizaban.

Una noche todos los muchachos de la cuadra estábamos frente a la casa. Algarabía de viernes en parroquia. Jugamos a El fusilado, a La candelita, Cero contra pulcero... En un paréntesis, uno de los más grandes se me acercó: *Mira, tú, que no rompes un plato, ven acá.* Con el misterio de quien va a compartir un secreto, me llevó hacia la acera y, sacando una cajita de fósforos, me dijo que me enseñaría un juego bien chévere: yo debía colocar dos palitos y sostener muy bien con los dedos pulgar e índice la cabecita de pólvora roja y apretarlos a cada uno de los lados de la caja. *¡Fuerte! ¡Como un hombre macho!* Estaba tan entusiasmado con participar de esa novedad de grande que la emoción me impidió pensar. Lo hice, y el muchacho enseguida dio un contundente golpe a la parte de arriba de la caja. Los fósforos, por supuesto, se encendieron y me quemaron los dedos. Él rio desde su altura de adolescente. Entendí. Aguanté, lo miré con impotencia, al borde del llanto y, sin llegar a soltar una lágrima, con la rabia mordida entre las yemas de los dedos, volví, muy callado, a sumarme al juego de los no tan grandes. Esta vez era *el escondido*. Alguien empezó a contar y, junto a los demás, corrí a buscar el mejor lugar para no ser encontrado: el pasillo que daba al patio, oscuro y lleno de tubos, bloques de cemento, palas, picos... Entre jadeos llegamos unos cuatro o cinco, pero el pasillo era estrecho y tanto movimiento delataría ¿a quién?

—¡Quítate, Quenga! ¡Anda a esconderte en otro lado! —dijo uno, agitado.

—¿Por qué? ¡Yo llegué primero!

—¡Que te vayas, Quenga! ¡Vete!

—¿Y por qué no te vas tú, o él... o Víctor Eduardo? ¡¿Por qué yo?!

—¡Porque sí!

Y empezó a darse un sudoroso forcejeo. Sentía el asco de las telas moviéndose y el bulto tratando de acomodarse como los otros. Repentinamente excitado, me vi envuelto en el tumulto y, en un arrebato extraño, apretando los dientes en la oscuridad, agarré el trapo vestido andrajado sábana lastimera de Yolanda y comencé a tirar de ellos con

un goce sorprendente, casi bordeando el sadismo, tanto más rabioso cuanto más llegaban a mis oídos los sonidos del rasgado y empezaba a pasar por mi mente la idea de dejarla desnuda, desamparada, dolorida de pudor. Por unos segundos miré el brillo de sus ojos emponzoñándome, reconociéndome en la oscuridad mientras intentaba taparse con los pedazos de trapo. Velozmente, enardecido, en una suerte de liberación jamás sentida, corrí hacia la guarimba. Ya estaba cerca del muro, con el *Un dos tres, librado* a punto de salir cuando un golpe inmenso en la cabeza me detiene y, privado, con un grito mudo comienzo a saltar de horror, agarrándome el cráneo en el vacío...

Cuando junto a las lágrimas llegó el sonido de mi grito, adultos y niños estaban a mi alrededor viéndome mirar con terror la mano cho-reando sangre...

- ¡Un peñasco!
- ¡Peazo de carajazo!
- ¡Le abrió la cabeza!
- ¡Mamá!
- ¡Esto es de puntos!
- ¡Tranquilos, que la cabeza es muy escandalosa!
- ¡Apártense, carajo!
- ¡Sí, eso es de puntos!
- ¡Fue Yolanda! ¡Yo la vi!
- ¡Es verdad, fue La Quenga! ¡La Quenga fue!
- ¡¡¡Yolanda!!!

Brazos que me llevan al comedor, gasas mojadas de sangre, ardor de alcohol... *¡Anda a buscar a tu papá en la esquina, que hay que llevarlo en el carro! ¡Corre, carrizo!* Mi abuela Columba, indignada de várices y partos, echando pestes y buscando una herramienta de castigo. Yolanda, roja de la furia, respiración agitada, atrapada como una lagartija entre los cachivaches, soportaba el chaparrón con estoicismo, mientras me miraba confusa, entre rabiosa, dolida y asustada.

De pronto, la novia de Freddy se acercó a Yolanda y miraba todo intentando encontrar una explicación:

—¡Pero, bueno... esta muchachita tiene el vestido todo roto! ¡Qué horror! ¡Todo roto! ¡Casi la dejan desnuda!

Lo dijo varias veces, mientras con suspicacia observaba cómo yo era objeto de las atenciones del resto de las mujeres de la casa. Entendí perfectamente que además de los involucrados, alguien más se estaba percatando de que yo no era absolutamente inocente.

Pero para mi ¿fortuna? nadie dio importancia a sus comentarios: al fin y al cabo se trataba de La Quenga... y yo, era incapaz de romper un plato.

Las manos del obrero

Del tamaño natural en un muchacho de doce años, dibujada a lápiz sobre la arrugada cuartilla blanca, la mano con sus cinco dedos resultaba obvia. Lo raro era que dentro de la silueta nadaban pequeñas rayas cruzadas por líneas más finas, temblorosas, significando heridas.

—Son las manos de un obrero. Rotas de tanto trabajar ¿entiendes?... para el patrón. Estas son las cicatrices ¿ves?

Asiento con la cabeza, interesado en saber qué hay más allá de aquel dibujo. Darío despliega el abanico de sus pestañas afincando sus negríssimos ojos. Me mira como si yo tuviese que saber más. Piensa. Parece que espera algo de mí.

—¿Tú ves bien que un ingeniero, por ejemplo, gane más que un albañil?

Ahora soy yo quien piensa. Calculo. Él sigue con la mirada de quien se siente dueño de un importante hallazgo. Algo que ha encontrado durante el tiempo no compartido y que le diferencia más de

mí que esos trece meses que nos llevamos. Algo que ya no es infantil. Durante la pausa pienso en la cantidad de años y libros que debe estudiar alguien para graduarse de ingeniero. Le sé inteligente y perspicaz, intuyo que su mirada expectante no es gratuita, es seguro que hay más, mucho más, detrás de la aparente simpleza de su pregunta. Y yo deseo saber. ¿Qué es eso que en un par de meses, el tiempo más largo que hemos estado sin vernos desde que tenemos uso de razón, le ha cambiado y hace que me mire de este modo? Sin duda, es crucial la respuesta que le dé. Además de mi tío –al que no llamo tío precisamente por eso de los trece meses que me lleva– es mi mejor amigo, un hermano mayor que ¡ya tiene doce años! Su cuerpo acanelado y huesudo empieza a cambiar, mientras el mío se mantiene en su lechosa puerilidad. No quiero defraudarle, pero a la vez sé que si con alguien puedo ser sincero y expresar sin temor mi ignorancia es con él. Confío en Darío. Él es el menor de diez hermanos y yo el mayor de cuatro. Es mi guía, mi mentor en el camino hacia la virilidad, hacia la adultez, hacia un mundo de relaciones defensivas o expansivas que desconozco y me intimida. Puede reírse de mis ingenuidades, pero no permite que me extravíe en ellas. Él vive en una casa de parroquia, yo en un apartamento de bloque, esperanza de los que salieron del barrio. Él estudia en una gran escuela pública a donde llega a pie, yo en un colegio privado, a donde asisto montado en un transporte escolar. Su mundo es más ancho, se codea con los tipos grandes de la cuadra, esos que ya llevan afros o cabellos largos, se echan Pino Silvestre o Brut (*¡Brutalmente viril!*), coleccionan discos y hablan de Santana, la mantequilla de *El último tango en París*, el Camaro del 73 y La Serie del Caribe. Yo, en cambio... Darío me informa, me ayuda –siempre yendo un paso delante de mí– a ser “un hombre”, a descubrir esos misterios que difícilmente podría conocer por mí mismo o a través de mis padres o mis hermanos pequeños. Como aquel domingo, no hace mucho, en la soledad de un callejón después de almorzar, cuando la mayoría dormía los calores en habitaciones oscuras de trapos y ventiladores...

—¿Tú sabes qué es la paja?

Entonces, como ahora, también dudé, ¡no tenía la más mínima idea! pero su picardía –y la situación– me hizo intuir que se trataba de

algo referido al sexo. Durante la pausa pensé en esos juegos que hacía con alguna prima segunda o tercera, o con cierta vecina, cuando al perseguirla y montarme encima, *¡te agarré!*, sentía un cosquilleo estupendo que me invitaba a seguir restregando mi pelvis a la suya, a la que muy seguramente también algo fantástico sucedía porque se quedaba tan alelada como yo, mirándome con profunda complicidad, sin pestañear, la pepa del ojo barnizada contrastando con luminosos puntos rojos en las mejillas.

—¡Claro que sé!

Darío sonrió, adivinándome.

—¿Ah, sí? Dime, ¿qué es?

Entonces la risa fue mía. Pícara también. Y agarrándome a la imagen de la pausa, le comenté casi con seguridad lo que pensaba que era la paja. Pero su reacción resquebrajó mi discurso. Su sonrisa, pícara y entrañable, borboteando los genes de mi abuela y ternura por mi ingenuidad. *¡Ah, muchacho bolsa... no!* me dijo, y luego me explicó sin escatimar detalles. Fue para mí tan importante su generosidad que no sé cuántos años pasaron en los que tardes de aburrimiento y lluvia, insomnios, siestas diferidas y otros tiempos al filo de la muerte han parido maravillas gracias al descubrimiento que me adelantó Darío aquella tarde.

¿Y la primera revista pornográfica? ¿Acaso no la había visto junto a él, en una vereda junto a la canal, detrás del peñasco que daba a la casita de Ascicla, la señora que planchaba en casa de mi abuela? Sí, una revista a todo color en la que una mujer se quitaba la ropa negra y luego se sentaba en el suelo, mientras te miraba zángana y provocativa con las piernas abiertas, mostrándote lo que Darío me decía se llamaba “el Monte de Venus”. Y el final, que era lo mejor: un desplegable en los que la cámara se acercaba progresivamente al fulano monte hasta llegar a ponerte una especie de labios verticales, multiplicados y brillantes en la punta de la nariz. Más impresionante que excitante, la verdad ¡y todo

aquello estaba detrás de esos pelitos enroscados, escondido tras “el Monte de Venus”! ¿Cómo una cámara podía asomarse tan adentro?

Los cinco –Darío, Pancho Peo, el Pegoste, que era el que le había robado la revista a uno de sus hermanos, y yo– estábamos calladitos, salivando, con un cosquilleo extraño al que, como aún no habíamos descubierto la paja, no pudimos dar salida más que con la idea de correr a la cancha de básquet a jugarnos un Reloj de *¡Dos pa’ dos... y el último es marico!*

–¡Víctor Eduardo y yo, contra tú y Pancho Peo!

–¡Si me sigues diciendo Pancho Peo, no juego un coño!

–Es echando broma, chico... ¡Búscate el balón, Pegoste!

–¡Que yo me llamo Fernandito, no “Pegoste”!

–¡Tu hermana fue la que te puso “Pegoste” por no dejarla hacer sebo con su novio, no nosotros! Anda, búscate el balón.

–Bueno, pero... pero...

–¡Si no, no te cambio David Concepción por Víctor Davalillo! ¡Ni tampoco te doy la del emblema de los Leones del Caracas, ni te consigo Luis Aparicio que es la más pelúa!

–Bueno, pero... pero...

–Busca el balón: ¡cuento tres y llevo dos, Pegoste!

¡Y aquello del desvirgue!

–¿Desvirgue?

–Sí, cuando te acuestas con una mujer por primera vez, te desvirgas. Y cuando lo haces con una mujer de esas... una mesonera, tú sabes, tienes que tener cuidado... porque te puede pasar como a Pepe, que lo hizo con una bichota de un botiquín de Ocumare... y le estuvo doliendo como un mes, casi no podía caminar...

Sentí una punzada. No me hacía nada de gracia eso de la bichota reventando pechos y caderas en torno a una bragueta bajada, al son de una cumbia arrabalera y cuatro dientes reilones destilando colorete, anís y sardinas en la boca del río...

- Se te rompe.
- ¿Cómo que se rompe?
- El frenillo.
- ¿Qué frenillo?

Y otra vez la sonrisa y también la benevolencia. Entonces, echó hacia atrás toda la piel marrón de su pipí y, didáctico, me mostró la cabecita roja como Kool Aid de cereza:

Esto... esto es el frenillo ¿ves? Algunos lo tienen más pegado que otros... cuando estás con una mujer se rompe, por eso uno tiene que írselo echando un poquito hacia atrás todos los días para que, cuando te toque acostarte con una, ya esté casi listo y no te duela.

A mí ya me estaba doliendo de sólo escucharlo. Pensaba en el grandulón de Pepe caminando con el culo hacia atrás, siendo objeto de burlas... y me dolía aún más.

-A veces se rompe solo... entonces es mejor, porque cuando estás con una mujer ya estás listo y no te pasa como a Pepe. Así que ya sabes, si te llega a pasar...

-¡Sí! Si me llega a pasar ¿qué hago? -dije después pestañear en el esfuerzo de tragar la saliva, que se me había quedado amarga en el paladar.

- ¡Si te llega a pasar, no vayas a ir corriendo a decírselo a tu papá!
- No, claro, pero... ¿qué hago, Darío?

Se quedó pensando un poco y después, con seguridad de Tom Sawyer, tras insistir en no salir como una nenita a decírselo a mis padres, me indicó que muy discretamente fuera al baño y abriera el gabinete de los remedios, buscara alcohol, mercurio cromo o, mejor, merthiolate y con un algodón... Entonces debí arrugar la cara de tal forma que muy serio y solemne me dijo que aunque me ardiera debía aguantar, que eso tenía hacerse un hombre. Durante mucho tiempo no pude orinar sin el temor de llegar a ser incapaz de soportar el merthiolate en mi pipí cuando ineludiblemente llegara la hora.

Por eso y muchas más cosas, si algo me animaba a visitar a la abuela paterna era encontrarme con Darío, mi tío y único amigo de verdad, baquiano hacia el mundo de los hombres, de recovecos imprescindibles para la sobrevivencia. Me impresionaba cómo, de un fin de semana a otro, entre las cajas de refresco del patio me descubría un dedo de miel ¡miel pura de color dorado mate! que habían hecho las abejas, o una colección de insectos que él llamaba corronchos y a los que construía casas en la tierra del solar. O cómo, enjabonando bien el suelo verde de cemento pulido del baño, podíamos tener un fantástico tobogán lanzándonos con las nalgas desnudas de una pared a otra.

—¡Apúrense, vale, que tengo que entrar!

—¿Qué pasa?

—¡Que me estoy orinando, mi tía, y los muchachos lo que están es jugando ahí en el baño!

—¡Mentira, que nos estamos enjabonando, mamá!

—¡Es verdad, abuela!

—¿Enjabonando? ¡No envaine! ¡Salgan de ese baño ya!

Entonces nos reíamos porque mi abuela se tenía que llevar a la niña para que orinara detrás de las matas del patio.

—¡O se secan ya, o les corto la llave de paso! ¡Es que tú también: te antojas de mear justo cuando los muchachos se meten a bañar!

—¡Pero si llevan como una hora ahí, mi tía!

—Apúrate no te vayas a orinar encima... ¡antojosa!

Y seguíamos riéndonos hasta que escuchábamos alguna voz ronca (y masculina, claro).

—¿Todavía siguen ahí metidos? ¡Ah, carajo!

Y en menos que canta un gallo nos secábamos ahogando las risas nerviosas ante la posibilidad de algún correazo o castigo.

Lo pasábamos muy bien con las nalgas deslizándose por ese suelo baboso. Años más tarde lo recordaría con mucha ternura al ver una

película: *Amigos inseparables*. La vi en un destartalado cine de pueblo quién sabe cuánto tiempo después de haber sido estrenada. Contaba la amistad entre un niño occidental cuya familia había ido a trabajar a África, y un muchachito del lugar. Los padres del blanco serían norteamericanos o ingleses y pertenecían –al menos, su madre– a algún programa social, una especie de ONG de la época. La joven y rubia trabajadora social intentaba –cómica e inútilmente– hacer entender a una comunidad rural la necesidad de planificar la familia; les repartía anticonceptivos que algún anciano se metía en la boca; preservativos que terminaban en una juguetona lucha de globos de agua... todos nos reíamos en el cine. Era una historia de amor interracial, que se diría ahora, en la que al final ambos chicos –ya hermanados– se juntaban para una aventura que terminaría en tragedia: hay una helada y el niño rubio –¡por supuesto!– se salva gracias a que el amiguito negro sacrifica su vida al abrazarlo y protegerlo de la nevada. El niño blanco, por obvias razones, tiene que ser trasladado a Nueva York (¿o era a Londres?) donde le vemos durante el epílogo para enterarnos de que deberá –¡pobrecito!– seguir un fuerte tratamiento el resto de su vida. Una vida que –se remarca melodramáticamente– debe al profundo amor de aquel muchachito enterrado en África, al que, no sólo no debería olvidar, sino que –casi seguro– encontraría más adelante, como un difícil escollo a salvar durante un carísimo y largo proceso de psicoanálisis...

Sí, lloré mucho con esa película. Sensiblerías aparte, comprendía muy bien esa amistad. Al fin y al cabo, las cataratas africanas poco se diferencian de los saltos del parque Henri Pittier, Vigirima, San Diego o Meachiche. Y yo no era rubio, pero Darío tampoco era tan oscuro como el de la película. Además, eso era lo de menos. Lo importante era reconocerse en la fuerza de aquel amor fraternal y, en medio de las nostalgias, alegrarse por lo vivido.

–Entonces... ¿Tú lo ves bien?, ¿que un ingeniero gane más que un albañil?, ¿te parece justo?

Y cuando tímida e ingenuamente digo sí con la cabeza, casi antes de que Darío esboce una sonrisa condescendiente, ya me doy cuenta de que he respondido lo que no debía y que él estaba constatando un

juicio que entre algunos de sus hermanos mayores se rumoreaba: su sobrino mayor, su compinche y pupilo era nada menos que un niño *pequeñoburgués*.

—¿Por qué?

—Bueno, porque... el ingeniero estudia más, ¿no?

—¿O sea que tú crees que si tu papá es gerente en una empresa tiene que ganar más que, por ejemplo, mi papá que es obrero?

—No sé... sí... no sé.

Darío sonríe con algo de amargura, recoge los papeles con las manos de obrero, baja del muro, los dobla en cuatro y, como un tipo grande y mundano que se guarda un peine, un condón, una navaja o un billete, los mete en el bolsillo posterior del pantalón. Entonces, le sigo, esperando su explicación, preguntándome si debo sentirme culpable y por qué. Pero no dice nada más. Entra a la casa, se sienta en una silla con los adultos y ya no me mira. Así permanece hasta que mi papá sale recién bañado y perfumado: *¡Estamos listos!* mi abuela se levanta: *¡Sí. Vámonos,* y mamá recoge los platos con restos de flan y gelatina.

Tras *bendiciones* y *dioslobendiga*, arranca el Valiant del 71. Yo, piedra en la garganta, aguja en el pecho, vacío acordonado de interrogantes inasibles, siento el peso inevitable de quedarme varado, casi clavado en una acera, mientras tras el cristal del carro que se aleja, Darío decide volver el rostro, mirarme y abrir la mano para decirme un cortés y desgano adiós.

Clase aparte

No entendía por qué tanta especialidad con él. Tanta consideración y ¡afecto! ¡Verdadero y leal afecto! con un tipo que yo consideraba de tan baja calaña. Intentaba comprenderlo, pero nada. La relación entre ellos dos era de esas en las que no cabe tercero alguno; que despiertan envidia, celos e impotencia en parejas, hijos y, cómo no, el resto de los hermanos. Para mi papá, Hermógenes, al que sólo llevaba once meses, y aún con sus abismales diferencias —¿o tal vez por ellas?—, era *clase aparte*.

Cuando era soltero, Hermógenes me resultaba detestable y, una vez casado, mi sentimiento bordeaba el asco. Ni decir cuando le dio por calificar a mi madre de puta, azuzando a mi padre para que, a cuenta de estar relacionado con bufetes y tribunales, introdujera la demanda de divorcio alegando un calumnioso adulterio o un rebuscado abandono del hogar. Entonces, ya lo odié. Odio que vino a constituirse en mi referencia más antigua de ese sentimiento. Odio perturbador, en estado puro y justificado. Veneno horrible que pide a gritos el vómito.

Tan fuerte llegó a ser tal sentimiento por Hermógenes que aquel año del divorcio, el treinta y uno de diciembre ante las uvas adornando la mesa de mi abuela, en plena sintonización de la radio con *Faltan cinco pa' las doce* y la engolada voz que recordaba a una madre, una muerte y una amargura en el exilio, con mis pocos años temblaba ante la sola posibilidad de no ser coherente conmigo mismo. Lo fui, por supuesto que lo fui: una vez comenzaron a sonar las notas del himno nacional y a confundirse triqui-traquis y tumbarranchos con abrazos de *felizaño* cuando llegó el momento de abrazar aquel corpachón oloroso a la peor combinación etílica, cumplí al musitar con repugnancia y verdadera mala leche ¡*Malaño!* ¿Por qué había sido tan despiadado con mi madre? ¿Por qué se había querido aprovechar de la debilidad de una mujer y la fe ciega de un hermano? ¿Le hubiera gustado que ofendieran a su madre sin más razón que un enfermizo deseo de conflicto familiar, de destrucción? ¡*Malaño!* Jamás supe cómo le fue durante los siguientes doce meses, pero siempre confié en que la vulnerabilidad de mis nueve años fuera trascendida por la fortaleza de un espíritu herido, agujoneado de impotencia por tanta injusticia.

Posiblemente tenía que ver el hecho de ser hermanos de padre y madre. Él y mi papá eran los hijos del primer marido de mi abuela. Víctimas de la irresponsabilidad producida por los escarceos de una braqueta, se vieron pronto en la orfandad y tuvieron que apechugar junto a una madre sola entre suelos de tierra, chinchorros compartidos, arepas viudas y damnificación en la plaza de toros. Tal vez tenía que ver con la fragilidad de la salud de Hermógenes durante su época escolar; con su rostro dolorido sobre el catre, con umbrales de muerte y la necesidad de madrugar e ir al matadero para que su cerebro *endureciera* bebiendo Sangre de Toro. Pudo ser por cualquiera de esas razones —o todas juntas— por las que mi padre siempre encontraba justificación a las acciones y obscenidades de Hermógenes, y se encerraba con él horas y horas, soportando risas llenas de procacidad, ofensas gratuitas y aliento nauseabundo, desdenes que a ningún otro permitía.

—Está bien, échate tus palos, pero adminístrate. Dale algo a mi mamá.

—Nadie te dice que no bebas. Todo el mundo sabe que esos reales los sudas tú, pero esos muchachos tuyos también comen.

—Si yo no te digo que no te pagues tu mesonera de vez en cuando, si te da la gana, pero no tienes por qué llegar de madrugada gritando groserías y despertando a todo el mundo... ¡Y, encima, caerle a carajazos a la pobre Zuleima y a los muchachos!

—Tú eres un tipo inteligente, ¿por qué te empeñas en que no? ¿Por qué tienes que vivir tan mal?

—¿Cuánto necesitas? ¿Con eso está bien?

—La otra vez me dijiste que era para unos remedios de la niña y después amaneciste no sé en qué botiquín por ahí ¡y no me digas que no, porque me lo dijeron! ¡Te vieron salir de casa de La Turca con una Cerro Prendío agarrada al pescuezo tuyo!... Y la muchachita sin los remedios... de ahora en adelante, si necesitan algo, no te los doy a ti, sino a Zuleima. ¡Aunque te arreches!

Le dolía a mi papá la poca influencia que tenía sobre su hermano, que sus ejercicios por valorarlo en su calidad de excelente Maestro de Obras no dieran frutos... *Si tú eres una maravilla en tu vaina, chico...* Pero no dejaba de tener fe en que un día *sentara cabeza* y se entregara a lo mejor de sí y no a lo que, según su consideración, era lo peor e indefectiblemente lo llevaría a autodestruirse. Más adelante, cuando mi padre se convirtió al catolicismo, sus empeños en evangelizar a Hermógenes recibían las carcajadas más groseras que he escuchado. Con ellas ilustré perfectamente la palabra *sorna*. Sin embargo, mi padre no cejaba en sus intentos. Sólo mucho después, habiendo vivido lo suficiente como para trascender su afán de *convertir* a otros y aprender el ejercicio de la tolerancia, llegó a la aceptación. Entonces, con el mismo sentimiento especial, visitaba a su hermano en sus convalecencias de viejo prematuro. *¿Qué tengo? ¿Qué no tengo! El hígado, dos hernias discales, los pulmones, úlceras, ¡no joda!... ¡yo estoy vuelto un cacharro! ¡Ya ni aquello me funciona, con eso te digo todo! ¡Me tocará de Mirón ¿qué más, pues?! Con afectuosa sabiduría, papá entraba a una licorería y se hacía con una botella del mejor whisky que podía comprar y se iba a compartirlo con su hermano sin otra expectativa que desgranar recuerdos y barajar la mayor cantidad de risas posible, porque a pesar de sus caminos tan distintos, además del pasado común, compartían una sincera conciencia de la*

sensualidad y el valor del presente; una entrelínea llena de dolorosas verdades trascendidas por el humor e, indudablemente, el amor.

Ver a Hermógenes me resultaba tan desagradable. Le decía a su esposa –una bendita, la pobre– que era la mujer más fea del mundo y que por eso se había casado con ella. *¡Esta negra con lo horrorosa que es jamás me va a montar cachos!* y una carcajada de diente caído y sudores de caña clara tronaba con sus crueles ecos. Con su niña entre los brazos vociferaba para indignación de mi abuela, que había que alimentarla bien porque de grande sería tremenda puta... Algún domingo nos abrazaba farsescamente a mi hermano y a mí ya en la pubertad, mientras nos decía *¡Están buenas mis sobrinas, perdón, mis sobrinos!* Mis tías le huían y respondían a sus insultos, cuando las urgía en el baño: *¡No joda, ni que fueran a trabajar de ficheras esta noche!* Y al sentarse en la mesa con las piernas abiertas, el puño agarrando paquete y el mentón autoritario *¡¿Y mi comida, pues?!... ¡Yo esperando lomito y me ponen Diablitito... no joda!* a cuenta de la altura y anchura de su cuerpo, de su fuerza de mulato ejercitado en el pico y la pala, amedrentaba absolutamente a todos los demás hermanos. En una casa donde apenas se escuchaban malas palabras, su presencia suponía la apertura de una cloaca a río crecido trayendo cualquier cantidad de excrementos del exterior... mis abuelos sostenían sus venas, arterias y vasos capilares para evitar el sofocón de un infarto. Más adelante, cuando empezó a acuñarse la palabra *machismo* y me identifiqué con las tendencias feministas de la telenovela cultural de Cabrujas, Chalbaud, Romero y Garmendia, entendí que la perfecta ilustración de la expresión *macho criollo* con todo el horror y atraso que suponía, en tanto atropello al débil y abuso contra el que había que luchar, la encarnaba Hermógenes, el hermano predilecto de mi papá.

Un día, en la mesa, mi papá nos llamó a mi hermano y a mí, que ya casi adolescentes compartíamos un juego de cuarto de excelentes colchones y madera pesada, para informarnos que uno de los dos tendría que pasarse durante no se sabía cuánto tiempo a la otra habitación, pues Hermógenes comenzaría a trabajar como conductor de un autobús en una línea que pasaba por nuestra urbanización y, de lunes a viernes, dormiría en casa. Por supuesto aquello no nos hizo gracia ¡y menos a

mí, que aún tenía fresca aquella adjetivación a mi madre hacía apenas unos años! Pero, ni modo, no había discusión. Palabra de mi papá y, nada menos que relacionada con Hermógenes. Era tal la animadversión que nos producía que, a pesar de habernos esmerado en decorar nuestra habitación –papel tapiz sicodélico, algún cartel de pavito beisbolero, lámparas sinuosas y trampas para pajas furtivas– ninguno de los dos quiso quedarse con él. De modo que nos fuimos a hacinar con nuestros otros hermanos en la habitación de al lado. *¡Otra vez a la litera, nojose!*

Hermógenes salía de madrugada, antes de nosotros partir al colegio, y regresaba después del atardecer con su camisa almidonada e impoluta, su corbata y sus pantalones oscuros de serio conductor. Al finalizar su jornada, apiñaba monedas sobre la que había sido *mi* cama, medios, reales, bolívares, fuertes y monedas de a dos hacían grupitos de ¿diez? ¿veinte? ¿cincuenta? Igual con los billetes de cinco, diez y hasta veinte... pequeños tubitos sostenidos por una liga. Todo muy organizado. Sumaba en un papel todo lo hecho en el día para rendir cuentas al dueño del autobús, un compadre de mi papá. ¿Y sabe escribir? ¿Sabe sacar cuentas este energúmeno?, me preguntaba cuando miraba de reojo al pasar por la puerta de *mi* invadido cuarto. Me costaba asociar a aquel neanderthal con objetos tan nobles como un lápiz, un bolígrafo y un papel. Pero ahí estaba, sorprendiéndome con sus geométricos y perfectos montoncitos de monedas. También con su silencio y sobriedad. ¡Si hasta parecía que respondía a nuestra petición de bendición con un *dioslobendiga* en buena dicción y no ininteligiblemente como cuando visitábamos la casa de mi abuela! ¡Como si supiera lo que debían expresar las palabras que pronunciaba! Tampoco lanzaba aquellas carcajadas asquerosas en la mesa y hasta decía *gracias y por favor* a mi madre –la misma de la que había dicho era una pedazo de zorra– cuando le servía una carne con arroz o unos espaguetis en salsa... *gracias, Lidia y por favor, Lidia... permiso, Lidia...* ¿Doctor Jeckyl y Mr. Hide?... Una posible explicación era que se encontraba sobrio. Otra, que conocía mejor que nosotros a nuestro padre y sabía que en su casa no se permitirían las goserías. Bajo el techo de su hermano no cabía la impunidad que permite una madre bajo el suspiro resignado por la pesada cruz que le

ha asignado el altísimo... *¿cómo se va a echar a un hijo a la calle, por mucha varilla que eche?*

Una tarde, me acerqué un poco más, ya directamente me asomé a la puerta entreabierta y lo vi entre monedas y billetes. Estaba de espaldas, sacando cuentas en una libreta apoyada sobre *mi* mesita de noche. Tras terminar sus sumas y restas se colocó el lápiz sobre la oreja, estiró los brazos bostezando las diez, doce horas entre pedales y palancas, esquinas, vueltos, palmas, impertinencias y *en la parada, por favor...* Se inclinó y quedó mirando lejos en su agotamiento, como con miles de preguntas y el ansia de alguna respuesta; un chasquido de su lengua inconforme, rebelde, sobre el paladar y la barbilla moviéndose lenta y reflexivamente, como en una aseveración de atávico destino inevitable...

—¿Qué hubo, mijo?

Había medio volteado antes de que yo pudiera disimular y salir corriendo. La voz era suave, honda, sincera...

—Bendición —dije tímido.

—Dios te bendiga... Pasa.

Pese a mis prejuicios, entré. Pero ni siquiera pude reaccionar ante el billete de ¡diez bolívars! que puso en mi mano, porque le vi los ojos barnizados por cierta aceptación de una vida que poco tendría que ver con la que deseaba, los esfuerzos por sostener la esperanza ¿de qué? ¿De que había otras opciones? ¿De que las palabras fracaso, explotación, cansancio no le carcomieran un cerebro a duras penas endurecido gracias a la Sangre de Toro?

No sé si llegué a entender o a justificar del todo la predilección y condescendencia de mi padre para con aquel hombre. Lo que sí supe en aquel momento —y no tenía nada que ver con el billete que sostenía en mi puño— era que ya no tenía necesidad de vomitar nada: mi odio, para sorpresa y beneplácito de mi espíritu, se había disipado o, como poco, se había trasmutado en interrogantes.

Freddy

Un tipo serio. Silencioso. Un excelente técnico, según mi papá. Habilidad manual, mucha precisión. No es un tipo de tomar iniciativas, hay que decirle y él hace lo que haya que hacer. Por eso le va bien en donde trabaja: una fábrica de textiles. Bajo, de una constitución muscular. Un tipo muy agradable, por lo que nada tenía de raro que aquella muchacha, de tan radiante y siempre dispuesta sonrisa, se fijara en él. ¿Un tío simpático? ¿Antipático? Ni lo uno ni lo otro, más bien un tío neutro —si eso existe— que responde casi automáticamente a las peticiones de bendición y, algún viernes de cobro te ha puesto un medecito en la mano *para que compres unas bombitas de carnaval, una caja de chiclets o unas barajitas para el álbum de béisbol*. Bien, normal... total, en los primeros años setenta, Freddy transitaba esa edad en la que las urgencias por afirmar virilidad y exhibir testosterona no permiten conceder demasiado tiempo a muchachitos que corren por ahí jugando Tonga, soltando gallos o tumbando mamones. Bien, normal...

De modo que era difícil saber si te quería o si no. Una buena persona, eso sí. Un trabajador responsable y formal, sin ninguna duda. Un varón que ves entrar y salir, y al que abrazas una vez al año un poco más

allá de las uvas en el primer día de enero. Punto. Viene con su novia a la casa de playa que papá alquila una vez al año, o no. Se besa con ella en la orilla mientras los muchachos degustamos una rojísima patilla, o no. A lo mejor sólo están agarrados de la mano. Un día se casa y vas a su boda; te acomodas junto a la puerta para ver el espectáculo del arroz que cae desde la campana de encajes blancos. Otro, ves la ropa prenatal de la recién casada, la barriga bajo los senos a reventar; conoces al primer hijo, tu primo, y juegas con él cuando tiene cuatro, seis meses y ya no te da miedo cargarlo; te retratas entre castillos de arena con el carajito que se ríe y es tan bonito; conoces la casita propia que están pagando en las veredas del Instituto Nacional de la Vivienda. Te enteras de que le nacen otros retoños, y también vas y los conoces. Tal vez hasta te toque entregar el regalo, alguna colonia en forma de payasito o un monito azul o rosado, según toque. Punto. Los muchachos a jugar en donde puedan, y los grandes a beber alguna cerveza, entre cotidianas novedades y picardías.

Llegas a la adolescencia, la primera juventud, y en esas idas y venidas a la casa paterna te enteras de que ahora Freddy trabaja en otro lugar, de que el hijo mayor estudia en el mismo colegio donde tus padres te inscribieron haciendo un gran esfuerzo. Desean que tenga una educación similar a la tuya. Sabes de alguna enfermedad de su mujer, afortunadamente superada. Muere un familiar y te lo encuentras en el velorio o en el entierro o en el novenario que, como las bodas, sirven para el reconocimiento de la herencia genética y el pasado común. Una muerte y *bendición, Freddy. Dios te bendiga ¿Qué hubo?*... Y ya, nada más: al qué hubo le basta con un *Aquí, dándole* y ya se ha da por renovado el parentesco. Hasta el próximo evento. Te preguntas si siguen viéndote poco hecho, jojoto, sin cumplir aún los requisitos para entrar en el ámbito de los hombres grandes. Tampoco te preocupa mucho, estás en unas angustias y unos descubrimientos demasiado urgentes para que contactos tan tangenciales ocupen líneas en tu demandante cuestionario adolescente...

Una boda. Después de algunos años de amores, Neyda se casa. Una fiesta en un club y vas. A pesar del noviazgo que comienzas y te tiene alborotados los sentidos, vas. Pospones compromisos extracurriculares,

deportivos y artísticos, y vas. Pides a un compañero que te sustituya en una excursión con niños en la que te ganarías un dinero trabajando como guía, y vas... ¡ufff, qué cansancio! Pero vale la pena, no todos los días se casa una tía. Tienes sólo dos, y la verdad es que siempre te has llevado bien con ellas, al igual que con sus novios. ¡No tienes traje o ropa formal! ¡Estas veleidades de medio hippie, medio bohemio, medio izquierdoso descuidado de zapatos de suela, corbata y demás previsiones conservadoras! No importa, te las arreglas. Lo importante es que vas, ¿no? que acompañarás a los novios en ese día significativo de sus vidas, porque aunque tú cuestiones esto de los papeles, el cura y los anillos para formalizar una relación, en tus dieciocho años, te impones comprender y respetar. Te afeitas, perfume y todo, agarras el autobús expreso... y vas.

Todos se extrañan por tu aparición. Flash. Foto. Aunque aún te falten pelos por crecer, ya eres un hombre, y además, emancipado, vives solo en otra ciudad... los demás varones de la familia te observan. Algunos con simpatía, otros, como Freddy, con extrañeza y actitud indagatoria *¿Qué hubo? Aquí, dándole. ¿Una cerveza? ¿Güisqui? ¿Ron?* Un brindis. Flash. Foto. Música. Algún pie con una tía, una prima segunda. Una vecina que no veía desde que llevaba colitas y tardaban en crecerle los dientes definitivos, luce ahora un escote dorado que apenas si sostiene los pezones. ¿Son ideas mías o esta chama, que yo siempre creí que era de mi edad, parece ahora llevarme diez años? Flash. Foto. ¡Y aquella otra que le saca los gases al muchachito y lleva un escote —plateado— al que más bien le falta relleno porque la pobre tras el parto quedó como una perrita callejera ¿no era cinco años menor que yo? En fin...

Ron y ron, pieza y pieza, flash y foto, eludiendo a cada momento la invitación a cervezas. Prefiero el ron. Y, de pronto, te ves ¿por enésima vez? entre la fila de urinarios. Te topas con Freddy y su mirada de lado. Trago en mano, también entra. Seguramente, como yo, por tercera o cuarta vez. Ante su mirada, lanzas una sonrisa de seminarista intimidado y casi imbécil, mientras piensas si hay algo que puedas preguntarle: ¿su trabajo, sus chamos, la salud de su mujer, el béisbol...? Sí, sí hay, pero... ¡Que no se te salga ningún gallo, que no se note que aún no

resistes tanto con el alcohol! Él te mira y se te ocurre que tal vez está en algo parecido: ¿Tus estudios, tu vida en esa otra ciudad, si las mujeres de por allá están buenas o son más fáciles...? Por más que lo intentas —el exceso de ron influye— te cuesta dar con esa fulana pregunta que establezca cierta comunicación más allá de la sonrisita pendejota. Entonces, él acentúa su mirada y empieza a mover los labios. Te congratulas ¡Aleluya! ¡Toma la iniciativa! ¡Qué bien!

—¿Tú... tú me puedes hacer un favor?

—¡Claro, por supuesto que puedo, para eso estamos! ¡Celebramos la fiesta de matrimonio de Neyda que está preciosa y contentísima con...! *¡Tú dime, Freddy! ¡Si está en mi mano, cómo no!*

—Sí, está en tu mano.

Pausa. Sonrisa extraña.

—¿Tú...? ¿Tú me puedes bajar la bragueta y sacármelo para ver si puedo mear?

No. Crees que no has entendido bien. Has bebido mucho y estás oyendo algo que no es. Pestañeas. Abres los ojos cual signos de interrogación en comiquita de suplemento dominical, supones. *I beg you pardon, dear?!!!!* Te resuena políglota el aguardiente con su rezago de cocacola y limón. No atinas a articular palabra. Boquiabierto y paralizado, te ves como el propio guebón...

—¿Y tú... tú te quedas así? ¿Te quedas así? Un tipo viene y te dice que le bajes la bragueta y se lo saques para mear... ¡¿Y tú te quedas así?!

Estaba indignado ¿Tanto como tú? Te das cuenta de ¿la estratagemas? ¿el juego? ¿la concha de mango? Y lo único que sabes es que no sabes. No estabas preparado para esto. ¿Quién se prepara para que un tío —que no es manco ni está en circunstancias especiales— te pida que le saques la paloma y se la sostengas mientras él orina?

—¡Qué bolas tienes tú! ¡A mí un tipo viene y me dice eso y le caigo a patadas, le lanzo una coñamentazón que...!

Se te revuelven el ron, el cansancio del viaje, los apellidos, los pasapalos y el vestido de novia de tu tía. Te preguntas si debes hacer ¿qué? Tu sonrisa ya no está, pero la cara y la voz de seminarista insisten...

—Es que... es que... tú eres mi tío...

—Así sea tu tío. ¡A mí un tipo me dice eso y lo tumbo de un carajazo!

¡Ganas de llorar, rabia y profundo deseo de aprovecharte de su babosa borrachera para meterle la cabeza en la poceta más cercana y ponerlo al corriente del color de sus excrementos! ¿Por qué te hace esto? ¿Por qué te tienta a protagonizar un odioso escándalo familiar en la boda de tu tía? ¿Con qué derecho? ¿Qué factura te está cobrando, carajo? ¿Un *diostebendiga* al aire? ¿El medicito en la mano un viernes de cobro hace ya tanto? ¿Tras qué mierda de método pedagógico se justifica esta agresión?

Tragas grueso. Te contienen. Te evades por un pasillo. Deseas tomar un taxi que te lleve al terminal de autobuses y hacer los trescientos kilómetros hasta esa habitación sin ruidos, ofensas ni resentimientos familiares. Pero piensas que al menos deberías acercarte a tu mamá, medio contarle. Aunque si le cuentas, entonces...

Ves a Neyda, su sonrisa al verte reaparecer, su vestido blanco y su bouquet. Flash. Foto. Recuerdas al hombre que quiere y la adora, con el que se irá esta noche a ese hotel de Chichiriviche. Flash. Foto. A tu madre llegando de peluquería para ponerle las palomitas a la torta de tres pisos. Flash. Foto. A tu primo contándote que la escuela donde estudiaste sigue teniendo el mismo samán en el patio, la misma directora asturiana, gorda y republicana que va a enseñar a leer a los de primer grado. Flash. Foto...Y mientras se te cruzan las imágenes, los flashes y las fotos, involuntariamente has apretado el vaso que llevabas en la

mano, lo has reventado y te has cortado. Te pones servilletas para parar la sangre.

—¡Hijo, ¿qué te pasó?!

—No, no es nada, mamá. Un rasguñito. Pero ya... ya está.

Un buen sorbo, sonrisa y te diriges a la pista a bailar con tu tía, que está sinceramente emocionada con tu presencia en su boda. La decisión está tomada: te quedas. Flash. Foto.

Virgilio

Un tipo suave. Desde muchacho. Suave, silencioso y casi siempre con una plácida –y algo pícara– sonrisa en los labios. Todos le llamábamos Bachaco, a pesar de que su nombre –Virgilio Andrés– es muy bonito. Ya se sabe: piel clara generalmente bronceada y cabello ensortijado con reflejos rubios; una suerte de negrito aclarado en lejía y con el pelo pasado por *Igotín de Silueta* o agua oxigenada. Bachaco. Tal vez su silencio se ha debido siempre a que prefiere el otorgamiento a la confrontación, o a que no domina el arte de la conversación, o a que el hermano inmediatamente mayor es incontinente e incisivo con la palabra o, simplemente –¿simplemente?– a que su lenguaje preferido es la música. Sí, la música. Salvo aquellos tiempos en los que era un colegial o un liceísta y pedía la bendición a su hermano mayor, mi papá, y a su madrina, mi mamá, apenas recuerdo haberlo escuchado decir un par de frases que no fueran cantadas. Si acaso un rapidísimo –y cantarino, por cierto– *Dios te bendiga* a algún sobrino que no fuera yo, pues sólo me lleva cuatro años y por tanto no fuimos habituados a esas verticalidades. Tampoco teníamos un trato horizontal, porque hay edades en las que cuarenta y ocho meses crean fronteras difíciles de franquear. En

cualquier caso, tales fronteras jamás fueron delimitadas con *bendiciones* o *diostebendiga*.

Supe que vivió con una mujer mayor que él, que tuvo un hijo, que trabajó en una represa por los Llanos o algo así, que nunca quiso ejercer el oficio que aprendió en una escuela, litografía, linotipia ¿o era tipografía? Algo con metales muy curiosos que me fascinaban... Supe o medio supe. Ninguna certeza. Por más que tenga canas y barriga cervecera me resulta difícil no verlo como el mismo adolescente que rasgaba el cuatro o la guitarra con su *Dumbi dumbi* o con alguna canción de Alí Primera, Serrat, Mercedes Sosa o, incluso, alguna versión en castellano de Los Beatles. No sé si seguirá tocando esos instrumentos y cantando, pero sí que su afición a la música no ha menguado. Esto lo sé por mi hermano, también melómano, que por cierto, extrañamente, se le parece en lo Bachaco y hoy me ha traído a visitar la vieja casa de mis abuelos. Ahora mismo, mientras converso con mis tías entre los helechos del patio, El Bachaco Virgilio ha puesto a todo volumen un disco que reconozco, en el que varios cantantes interpretan composiciones exitosas de Pablo Milanés.

“...*Lo más terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida...*”

Tarareo *La canción del elegido* no sin nostalgia del descubridor adolescente, del marinero que quemó velas en la casa paterna, del universitario de cineclub. Llevaba años sin respirar este patio y, claro, sin verles. Tal vez demasiados. El tiempo no es una línea recta ni continua. De pronto todo está allí, enfrente, nítido o difuso con aquello que se creía perdido, abandonado, olvidado. A diferencia de las mujeres, los hombres de la familia insisten en mirarme con esa extrañeza que uno nunca sabe si es intimidación o rechazo, juicio feroz o admiración sutil. ¡Vaya usted a saber! Preguntas acerca de eso no caben y tal vez sólo hay que dejar que lo mínimo, lo inmediato, lo sencillo, digan algo. La música también puede contribuir. Acompañado por mi hermano, Bachaco ha puesto otro disco, sube el volumen y ahora *La Era está pariendo un corazón, no puede más se muere de dolor...* Ambos salen con cervezas a sentarse entre las gaveras de refresco.

Miro a Bachaco y vuelvo a verlo alguna vez en casa de mis padres con un bate de béisbol o enseñando a mi hermano el arpegio de un calipso. Lo veo fastidiado entre letras de metal y recuerdo sus estudios de litografía, linotipia ¿o era tipografía? no lo sé exactamente. Veo a mi abuela, ancha y turgente, seria y suspiradora, apartando a mi padre junto al lavadero para contarle acerca de esa escuela en la que quiere que estudie su muchacho, a ver si aprende un oficio, porque no le gusta el liceo. Veo los billetes que saca mi padre preguntando si es suficiente para lo que le demandan en ese internado en el que va a entrar. Parece que sí, le piden uniformes, útiles escolares, herramientas y un número preciso de toallas... Bachaco se me aparece ahora afincándose a la guitarra, con el pie sobre una silla y viéndonos llegar a la casa. Está sin camisa y con un altísimo afro luciendo reflejos dorados de Pantera Negra, como un error genético que deseara congraciarse con Angela Davis. Se mueve entre los discos y el picó para poner un álbum de Alí Primera, en una época en la que no era tan conocido y empezaba a subirle el tono a la poesía matizando la protesta. *El Bachaco Fundillúo* que denunciaba el reparto de la empanada (*"empa" para el Congreso y para el pueblo "nada"*) daba paso a un canto de amor, expresando sutilmente el gusto por *quitarte la arena, esos granitos traviesos...* Pero esta gustaba poco. De modo que Bachaco llevaba la aguja con prontitud a otro tema, preferiblemente a *No basta rezar, hacen falta muchas cosas para conseguir la paz*. Y es que mi padre en esos días estaba muy comprometido con la iglesia católica y un grupo de apostolado, acababa de *convertirse al Señor* y no había ocasión que no aprovechara para cumplir su misión catequizadora y abrir la conciencia del prójimo. El Bachaco Virgilio lo confrontaba, asumía posición sin decir una palabra. Bastaba colocar la canción precisa del disco preciso en el preciso instante de ver entrar a su hermano mayor.

La vida es una sola y hay que vivirla, decía mi abuela –simpatizante rosacruz, lectora de Dumas y creyente de la Corte Mayor encabezada por La Reina de Sorte– ante las insistencias de mi padre sobre las consecuencias de nuestras acciones, la omnipresencia de Dios, el juicio final y la caridad. *¡No, no, no basta rezar!* chillaba la voz de Bachaco junto a la fañosidad del disco de vinil. No tardé mucho en comprender que era recurrente la llegada nuestra y la inmediata presencia beligerante de

Primera, a todo volumen: *José Leonardo fue sudor de negro y cacao cuando batía el melao para echar al español que después se volvió gringo y hasta al español jodió... El Orinoco y el Magdalena se abrazarán... y tus niños y mis niños se abrazarán a la paz... Bolívar bolivariano no es un pensamiento muerto y mucho menos un santo para ponerle una vela...* Mi papá captaba y, paciente, sonreía ante lo que era una ¿indirecta directa? hacia él y su *opio de los pueblos*, su supuesta confabulación con la burguesía y el pensamiento conservador. No obstante, apelando a la *palabra del señor* no cejó en su empeño de lograr alguna *conversión* entre sus padres, hermanos y cuñados. Pero no convirtió a nadie y posiblemente poco a poco fue comprendiendo que mientras más pretendía acercarse, más se alejaba, que la tolerancia era un camino más conciliador, y que ya era bastante ocuparse de su espíritu y sus contradicciones para pretender asumir los de los demás, aun y cuando llevaran su mismo apellido. Poco a poco fue distanciándose de esa casa donde el que no hablaba o se reía de él, le gritaba en la cara a través de la voz de un cantante que cerrara la boca porque no bastaba rezar.

Mi hermano, que con un aire un tanto sombrío ha venido a sentarse junto a nosotros, me trae una cerveza y, aunque no me gusta beber de día, la tomo para acompañar. Tras una, otra. Tras un disco, otro. Y me entono. Cuando tú digas nos vamos, me dice por lo bajo. No entiendo el tono de alerta, la sutil sugerencia de que no esperemos a la noche. Igual, tomo nota. La conversación y las risas con mis tías y primos ha dado paso a lo que llamaría una vieja compañera universitaria mi complejo de rockola: me sé todas las canciones, hasta las más insólitas. O casi, porque hay frases, versos que se me escapan. Pablo, Silvio, Virulo, la Nueva Trova en pleno, Sosa, la Bravo y el propio Primera me salen solos mezclándose en mi mente con cinéticas estampas de matines juveniles, amaneceres de anís y marihuana, aplausos de anfiteatro, asambleas estudiantiles, mimos callejeros, cuerpos y amores sudados entre mantas multicolores, ceniceros, tapices goajiros y algún reproductor de cassettes endulzado con flores secas e incienso. Mis tías se sorprenden: *¿Te las sabes toditas, mijito!* A cierta distancia, Bachaco sale con otra cerveza en la mano y no puede evitar verme desgañitar que *no basta rezar* y que *también reza el piloto para ir a bombardear a los niños de Vietnam...* está tentado a acercarse, pero algo lo detiene y se sienta de

nuevo sobre las cajas de Frescolita. Lo descubro posando su barbilla en el puño cuando se me aguan los ojos deseando que *Ojalá las hojas no toquen el cuerpo cuando caigan para que no las puedas convertir en cristal...* no sé qué amor, ni cuál chinchorro con piel tibia me recuerda, al tiempo que tropiezo con la mirada esquiva de Bachaco y su botella colgando en la otra mano. Está extrañado, como preguntándose cosas, como incómodo ¿con qué? ¿Con que sus habilidades de *disc-jockey* me hicieran amar a Yolanda y soñar con serpientes, cantar la historia de un animal de galaxias y saber que de tres hermanos el tercero partió a descubrir y a fundar? ¿Estar casi convencido de que no basta rezar y de que hacen falta muchas cosas para conseguir la paz?

Empieza a anochecer. Ya no bebo más y, para distensión de mi hermano, decido irme, agradecido por la tarde y la música.

—¿No te diste cuenta? ¡Dan ganas de darle su coñazo!

—¿Qué pasó?

—La música. Era por nosotros, sobre todo por ti ¿tú eres gafo? ¡Pasan los años y siempre lo mismo! ¡Igualito que con mi papá! Te espero en el carro.

Molestísimo conmigo, se va hacia el carro, tras despedirse con los mismos susurros y sin besos. Me dispongo a las bendiciones y abrazos hasta quién sabe cuándo. Al cruzar la puerta del patio, Bachaco me sonríe de un modo misterioso, nervioso. Intenta meter la botella de cerveza en la gavera de Frescolita pero no le cabe y vuelve a sonreírme con cierta ¿complicidad? ¿fragilidad? No logro detectar el sentimiento. Nos miramos un instante como queriendo decirnos algo. Pero no lo hacemos. Tampoco hay *Bendición* posible, porque, como he dicho, sólo me lleva cuatro años y... así que le doy con mi palma en el hombro y sigo hacia la puerta. Me monto en el carro insistiéndole a mi hermano que aunque haya bebido estoy en capacidad de manejar, que deje la angustia. Así que meto la llave para arrancar y salir entre adioses, *cuidado con la carretera y notepierdas*. De pronto, aparece corriendo, sin camisa, Bachaco, el mismo muchacho de hace ¿cuánto? Sólo que con canas, barriga y un resuello de fumador que ya cruzó los cuarenta. Me sorprende con un CD en la mano.

—Para que lo escuches en el camino.

—No tengo CD en el carro. Me lo robaron. Pero lo oigo en la casa. Gracias.

En realidad, ese álbum ya lo tengo. Pero no se lo digo. Tampoco a mi hermano, que extrañado y meneando la cabeza con el rostro al fin menos tenso, revisa el disco junto a mí.

—¡Siempre lo mismo! ¡Siempre tirándole indirectas a uno, no joda! ¡Después dicen que por qué uno no visita!

Sonríó con cierta ironía serena. Mi hermano capta que no deseo hablar del tema. Casi se molesta pero se contiene y comienza a indicarme cómo salir hacia la avenida. Dejando que el aire me dé en la cara, respiro con fuerza, como para hacer que permanezca esta sensación de haber ganado algo más que un CD idéntico al que me dedicó el propio Milanés cuando estuvo toda la noche intentando rasgar mi Cuatro en la habitación de un hotel durante no sé qué Festival de las Artes. Debí habérselo dicho a Virgilio. Tal vez hubiera franqueado las gaveras de Frescolita y dicho algo sin intermediarios musicales. No lo hice, pero me prometo que cuando vuelva a visitarles, de aquí a quién sabe cuántos años más, se lo traeré de regalo. Estoy seguro de que le gustará tenerlo.

Neyda: bodas de plata

Le acababan de entregar el vestido. Lo había mandado a hacer. Una tela blanca con lunares negros, idéntica al del arrugado y descolorido figurín hallado al fondo del escaparate. Muy años cincuenta, muy para la señora joven que ya era: cuello ovalado muy abierto con vuelo asimétrico dejando ver los hombros, un discreto entallado apuntando los senos y la falda en tubo hasta la rodilla. Muy femenino. Le iría muy bien con el cabello de lado y algo batido en ese color caoba, haciendo juego con zapatos y cartera de sobre. ¿Dónde andarán esas perlas de imitación que más de una vez he estado a punto de botar no fueran a escuajeringarse y resultar pavosas? ¡Ese collar, y ni sacada de una de esas postales que su hermana coleccionaba hace años! Esas que venían autografiadas y decían Artista exclusiva de Televisa o de Radio Caracas o de... ¿Qué se habrán hecho?

—Por aquí pasó mi tía esta mañana y trajo este sobre, mamá.

—¿No habrás visto por ahí el collar ese que era de tu abuela y que siempre te digo que no lo agarres para jugar porque si se rompe te cae la pava?

—No... ¡Qué bello quedó el vestido, mamá!

Estaba muy entusiasmada. ¡Una fiesta años cincuenta, qué cómico! ¡Esos muchachos tienen unas vainas! Y esos muchachos éramos nosotros, sus sobrinos mayores, que en ocasión de las Bodas de Plata de nuestros padres habíamos planeado misa y guateque con ensalada de gallina, pan de banquete, Billo's Caracas Boys y Lucho Gatica, al puro estilo de la época en la que los agasajados comenzaron a hacer manitas escondidos de todo el mundo. Elaboramos un pliego jocoso en el que los hijos invitábamos a la renovación del vínculo matrimonial, ironizando con la cursilería, nuestro origen humilde, los tics de nuestros abuelos y hasta con los no pocos —ni ligeritos— reveses que habíamos sufrido junto a la pareja durante esos veinticinco años de vida conyugal. Finalmente, el pliego jugaba a la celebración de un nuevo noviazgo con riguroso horario de visita, esperanza de himeneo, bombones, arroz a granel y gladiolas blancas.

—¡Mira, es de pergamino, qué lindo... y largo! ¿Te lo leo, mamá?

—Sí, dale...

La verdad es que allí, frente al espejo, Neyda se veía muy sensual. Femenina como pocas veces. Ella, a quien de niña decían Chiva Loca porque le encantaba montar palos igual que los varones, andar despeinada y corretear como ellos. Discutir, no dejarse doblegar por nadie y hasta defender a otras niñas, sobre todo a su única hermana que, aunque mayor, obedecía más a la idea de una señorita frágil de parroquia. Neyda siempre prefirió los pantalones, y su experiencia con los varones le hizo proponerse desde muy pequeña que, cuando llegara la hora de tener un novio, si no aparecía uno totalmente opuesto a sus hermanos, uno que no tuviera un concepto tan bajo y utilitarista de las mujeres, se quedaría soltera. Afortunadamente, el candidato llegó cumpliendo las condiciones. Durante su adolescencia, esa energía de Chiva Loca la canalizó muy bien convirtiéndose en una tenaz deportista. Con su mono blanco, su máscara y su florete, llegó a ser orgullo de la familia en los campeonatos regionales y nacionales de esgrima en 1973 y 1974. Seria, formal y defensiva, desarrolló una discreta y poco usual coquetería centrada en la fibrosidad de su cuerpo y sobre todo en

su mirada: unos ojos grandes y oscuros resaltados por el rimmel bajo aquellas sombras azules que tanto se llevaban y que combinaban con los botines, uno de sus pocos caprichos. Podía parecer hosca, adusta, pero quizás sólo se trataba de economía por aversión al desgaste sentimental y cursilón que —¿por qué carrizo?— supuestamente debía derrochar una mujer. Sin embargo, cuando daba rienda a su risa, prodigaba mucho encanto y sutil inteligencia. Una mujer digamos que difícil, que votaba al Movimiento al Socialismo y gustaba del cine nacional, deleznado por muchos dado sus temáticas críticas de realismo social. *¡Ese es Mister Pollo. Actúa buenísimo! ¡Ése aparece orinando en una moto, yo me asusté cuando se bajó el cierre, pero, qué va, no se le vio nada! ¡Ay, con él yo me reía bastante cada vez que decía “yo soy de Moruy”! ¡Esa tipa es preciosa, aparece drogada y se desnuda en la fiesta de los ricos, delante de todos. Claro, llega con la patota que mata a los perros... ay, eso sí da cosa, por Dios! ¡Esa señora que va a estar en la novela es la que hace de dueña del burdel y aparece con pelucas a cada rato... es tremenda actriz!*

Sí, se casó con un buen tipo, tan bueno y sensible que la mayoría de sus cuñados decían que era un bolsa, un dominado y hasta se permitían risitas procaces sugiriendo que botaba la segunda. A él también le tenía preparada la ropa para la fiesta, *¡Para los hombres es más fácil!* Un flux de rayas que era de mi abuelo y una corbata finita que estaba en un baúl. Yuntas, pisacorbatas, brillantina en el pelo y ya. *La fiesta va a estar buena, parece que los muchachos contrataron a unos mariachis para el final... y que hasta Perfecto Amor y ponche casero van a hacer ¡Esos sí tienen cosas! ¡Es que los cuatro son una cosa seria, y juntos, una gozadera, pues!*

La niña empezó a leer el pliego y la habitación, claro, se empezó a llenar de la encantadora risa de Neyda ante cada frase... *¡estos muchachos son una vaina, seguro que gozaron un puyero haciéndolo! ¡Desde carajitos siempre les ha encantado inventar fiestas, actos culturales, conjuntos de aguinaldos y parrandas, de gaitas, verbenas de carnaval! ¡Muy unidos siempre y echadores de broma, y todos buenos estudiantes... así que toma nota, para que agarres ejemplo de tus primos! Sigue leyendo.* Y la niña seguía con el pliego de invitación...

Nos metíamos con el alcoholismo de mi abuelo materno...

—¡Qué cómico, es verdad, ese señor cuando estaba bueno y sano no se le oía la voz, pero cuando estaba rascado...!

Y risa y risa. También referíamos la manía depresiva de la mamá de nuestra mamá...

—¡Ay, no, qué cómico! ¡Loquita, loquita esa señora, pobrecita! ¡Y es verdad, habla... hasta por los codos!

Y risa y risa. Mientras la niña leía, Neyda sacaba unas cajas del escaparate y registraba buscando el fulano collar. Nos metíamos con las manías de mi papá...

—¡Es verdad, Jesús siempre ha sido maniático y, mientras más viejo más mañas tiene! ¡Qué risa! ¡Esos muchachos se acuerdan de todo, qué memoria, por Dios!

Mencionábamos la terquedad de mi mamá...

—¡Qué echadores de varilla... es verdad, ella siempre ha sido así, muy buena gente, pero terca, terca, como una mula! ¡Qué vaina tan buena!

Y la risa de Neyda hacía eco regalando sabrosura. Entonces, escuchó la frase referida a su madre. Tenía que ver con su “vocación de agente inmobiliaria”, como bromeaba mi papá. Pues, según contaba la leyenda, mi abuela no podía escuchar que en tal lugar estaban invadiendo un terreno porque enseguida iba, montaba cuatro palos y unas sábanas para hacer un rancho que luego, generosamente, regalaba a cualquiera de la familia o a algún aledaño que lo necesitara. Invadían una urbanización del Banco Obrero que tardaba en ser entregada y allí estaba ella. De hecho, así dotó de vivienda a varios de sus hijos. Mi papá decía que siempre había sido así, que cuando él era un niño, repentinamente, recogía todo, dejaba un barrio y se iba a otro, y que siempre estaba atenta a estos asuntos del catastro y la formación de nuevos conglomerados urbanísticos. Al parecer, era tan asertiva en eso que justo donde crió a sus hijos fue en una casa grande, bien ubicada,

en una avenida muy principal. Allí llegó con su marido en los años cincuenta, después de dar mil vueltas. En esa casa parió a siete de sus nueve hijos. Entre ellos, Neyda, por supuesto, y sufrió tres de sus cinco abortos. Un día, durante los años setenta, le dio por hipotecar esa casa: ¿Una emergencia? ¿Una enfermedad inesperada que requería operar en Houston y dólares contantes y sonantes? ¿La oportunidad de cumplir un sueño insoslayable? No, tal vez esperanzas de invertir en algún negocio o ganas de no morir sin regalarse un buen viaje o quizás la necesidad de movilizar su vida a los cincuenta, rejuvenecerse y... El caso es que se dio el gusto, viajó a Margarita y regresó cargada de toallas, perfumes, sábanas importadas y vajillas de melamine. Cuando íbamos los fines de semana, se sentía la prosperidad. Fue poco después, cuando nos enteramos por mi padre: el asunto había salido mal y la casa estaba a punto de perderse. Papá hizo uso de su capacidad de endeudamiento en la empresa pero, entre otras cosas por haberle avisado cuando no había mucho que hacer, apenas si alcanzó para amortizar los intereses. Incluso, dejó de comprar una vivienda para sus hijos a fin de descargar de deudas a sus padres: *Todo lo mío es de mi mamá. Mis hijos y mi mujer ya me tienen a mí...* En fin, que finalmente la casa se perdió, hubo que vender, pagar la hipoteca y con el resto comprar una casita modesta a las afueras, que ni remotamente representaba la mitad de aquella otra.

A Neyda frente al espejo se le deshace la carcajada. Ya no escucha. Sólo siente la ofensa, lo que considera una calumnia... *¿Cómo se les ocurre a esos meterse con mi mamá? ¿No respetan a los muertos? ¡Pero, claro, ¿qué se puede esperar de ellos: un amargado al que domina la mujer, un putanero que no puede ver una escoba con faldas, una zorrita que parió sin casarse y un maricón que se las da de gran cosota?! ¡No, si mi mamá siempre lo decía: esos muchachitos, muy claritos y ojitos rayado, pero ya vas a ver, esos si no te la hacen a la entrada te la hacen a la salida!*

La niña dejó de reír, extrañada por el silencio de su mamá.

—¡Ay, mamá, mira, ahí está el collar! ¡Qué bueno! ¡Te va a quedar precioso!

Neyda tardó unos segundos en aterrizar y mirar a su hija, que se extrañó porque era tan singular verle una lágrima a su madre, las pupilas tan dilatadas, la quijada tan tensa, la ceja izquierda arqueada como sosteniendo un estallido de bilis verde y viscosa.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada. Deja ese collar ahí. Son perlas de imitación, pero igualito si se rompen pueden ser pavosas. Déjalo, que igual yo no voy a ir para ninguna fiesta nada.

Casi desechable

Esa ráfaga que interfiere entre canales cuando haces *zapping*. Accidente, color local, comparsa. Aunque para algunos pueda ser, por su porte y su carácter seductor, un misterio, un crédito francés, play boy tropical que aparece para poner en jaque a la protagonista o ladrarle en la cueva al galán en la telenovela de las nueve... un modelito de lujo en el capítulo de James Bond filmado en Antigua, Saint Tomé, Bayamón o Choroni... Pero no. Sumando, restando, multiplicando y dividiendo, no era más que un figurante que muy de vez en cuando tenía alguna réplica, una frase generalmente prescindible, la mayoría de las veces soez, pero ni siquiera lo suficiente como para alcanzar cierta grandeza feísta. Bellos ojos, pero mirada viciada en un registro del rencor. Fibroso y esbelto torso, evasivo de un corazón capaz de calma sin cálculo. Buen culo y buen paquete, respingones ambos, tan sobrados de sí mismos que, pudiendo, no previeron el paso del tiempo y su capacidad de hacer flácidos hasta los pensamientos. Cinturita de avispa, pantalón blanco ajustadísimo, risa procaz. Belleza seductora de masoquismos. Echador de culpas a los lados, al frente, detrás... hasta el mal olor de sus pies podía ser de otro. Bello zagaletón de pueblo costero, objeto del deseo de jóvenes y viejos, hombres y mujeres. El mito negro generador

de masturbaciones nórdicas. Sabedor de eso y, por eso, paseador de las playas luciendo bikini. Bikini blanco, bikini estampado de jaguar, de cebra, de oferente precio a convenir. Encarnación de la palabra Retrechero. Mulato que ofende diciendo a otro niche, mono, mico, negro de mierda. Proletario sin ganas de tener conciencia de clase. Tenedor de novia –blanca, rubia a ser posible– para pelear un día sí y otro también, y después echar un polvo con la arrechera por no poder dejar de echarlo. Mirada de quien se las sabe todas, menos los recovecos para mirar al de al lado y transar con la vida, la vida que pasa y te presenta a la antes novia y luego esposa cuaima que te odia, a los hijos avergonzados por tus ridiculeces de *pavo viejo*, y te detestan sin poder decírtelo. Tus hermanos que te reciben porque no les queda más remedio, pero preferirían no preguntarse si te quieren, suponen que sí porque un día te vieron con un cirio en la mano haciendo la primera comunión, que te toleran porque se trata de una sangre que, maldita sea, hay que soportar no nos la vayamos a ver en apuros durante el Juicio Final, si existe. Viejos amigos que tuvieron esa nominación por frivolidad han desaparecido. Humo, ilusión, pragmática del interés y la necesidad inmediata. Nada que merezca la pena retomar ni tan siquiera para una antipatía. Güicho: un pene, un culo pegado a un hombre con unos ojos bellos, seductores, misteriosos. Detrás del misterio: vacío.

¿Dónde estará? ¿De qué vivirá? No sé. No me importa. La verdad, no creo que le importe a casi nadie. Aunque ninguno tenga la valentía de reconocerlo.

Tengo que aguantármelo ahí, sacando la lengua a la cámara cuando era apenas un muchacho comedor de barquillas, porque la foto en blanco y negro me contiene en una sonrisa inocente junto a otros cuyo reconocimiento en el pasado es capaz de enternecerme de cuando en cuando.

Güicho, casi desechable. Paso la página del álbum. Suena el teléfono.

–Aló... sí, soy yo...

—Soy José Luis, primo. Acabo de llegar y me dieron tu teléfono. Me gustaría conocerte en persona por fin.

—Ya va... ¿José Luis? Perdona, pero, ¿qué José Luis?

—¡José Luis, el hijo de Güicho!

En millonésimas de segundos cae aplastante mi conciencia de la casualidad, del poder de la mente que ojalá fuera más controlable y ¿qué siento ante la voz juvenil y entusiasta al teléfono? ¿Se sobrepone a la página del álbum que acabo de pasar agriando el gesto? ¿Qué debo responderle al hijo de ése que siento como una intromisión desafortunada en mis nostalgias?

—¡Primo, primo, ¿estás ahí?!

Trago grueso y parezco despertar.

—Sí, sí... José Luis... aquí estoy, chamo. ¿Qué tal tu vida? ¿Tienes dónde quedarte en Caracas? ¿Cargas lápiz y papel? Anota mi dirección...

Déjà vu

Cuando recibí el e-mail diciendo que venían al país, sentí una alegría muy inquietante. Lo típico con los buenos amigos: la ansiedad por mostrarles lo máximo de lo mejor en el menor tiempo posible. Tenía que alinear el carro, hacerle una puesta a punto y sobre todo no olvidar cambiar las pastillas de freno. Ver qué acrobacias hacía para poder tomarme unos días y salir de Caracas. Tenía claros los destinos, Choroní, Caruao, Mochima y, si daba tiempo, pasar a Los Andes por Los Llanos. Quizás, de acuerdo a la disposición monetaria de ellos –que seguramente sería buena– concertarles un viaje para que conocieran el Salto del Angel. Todo esto en los tiempos que les dejara libre el Festival de Tambores del Mundo en el que venían representando a Nigeria. Pero, por sobre todo, aguardaba la ilusión de que conocieran a mi variopinta familia, sobre todo a mi abuela, próxima a cumplir los ochenta años. Ni Amín, ni Lea me creyeron nunca que la madre de mi papá era una versión criolla de la Mammy de *Lo que el viento se llevó*, que pelaba muy bien la caña de azúcar y preparaba un dulce de toronjas exquisito.

El e-mail llenó de imágenes y temblores toda mi habitación: un invierno con todos los grados bajo cero en el parque La Fontaine. Dos

soledades buscando darse calor y ciertos sudores intuidos bajo la ropa interior de termolactil. El domingo de *Tam Tam* en el lado inglés de Montreal, en el que Amín se batía una con unos cueros, mientras muchos sajones intentaban mover el esqueleto y yo vendía aquellos pliegos de papel reciclado que me tenía el baño hecho un asco. Me sedujo la historia de Amín: procedente de una reputada familia nigeriana, su pasión romántica y justiciera lo había llevado a denunciar a un tío suyo por corrupción –un alto funcionario del gobierno– y, después de atreverse a exponer con juvenil valentía tales trapos sucios del clan al que pertenecía, tuvo que pegar una carrera que lo llevó al fru fru del francés colonial quebecuá. Yo vivía otro exilio, en un mientrastanto que me ocupaba horas con estudios que no me interesaban, pero que me daban la legalidad en aquel país y cierta esperanza de poder ejercer mi vocación un día. Las noches en la cinemateca, los paseos bordeando el río Saint Laurent, las *poutines* grasientas con salsa de tomate, los hornos de la fábrica de *bagels* donde trabajaba para aquellos judíos, el apureño que quería tanto a su pareja que decidió experimentar el sadomasoquismo, José y Katy con sus ansias por adoptar un bebé del Tercer Mundo, la llegada de polacos y rusos con sus terribles humores y sus ínfulas de informáticos del Pleistoceno, Las *Follies* en Saint Katherine, la loca de Dayana con su traje de joropera y su banda de Miss Venezuela encabezando la Parada de gays, lesbianas y transexuales, reivindicándose como mujer “mujer”, el calor artificial y consumista de la ciudad subterránea, los mocos helándose en un paseo a Toronto... Todo esto y más ocupaba mi habitación gracias al bendito e-mail. Pero sobre todo, la llegada de Lea desde París y el trío que formamos Amín, ella y yo para conocer tantos pinares y aves de camino a La Gaspésie, los colores del otoño, las palabras y los silencios compartidos...

–En serio, mi papá es mulato y mi abuela...

Ellos reían, creían que se trataba de la expresión parejera de un alternativo suramericano queriendo congraciarse con el pueblo africano y la raza negra. No era así. Ellos en cambio, sí venían de una de esas dinastías protagonistas de gobiernos nepotistas. Yo bromeaba diciéndoles que, a la hora de la chiquitica, ellos llamarían a papá para que les mandara unos dólares. En cambio yo... Reían. Una vez hubo

un evento internacional y la deferencia con la que la representación de Nigeria los trató, me hizo confirmar intuiciones: eran unos disidentes de la clase alta *¡Bourgeois, vous n'êtes que des bourgeois nigériennes! Même pas des bourgeois! Vous êtes de l'aristocratie!* Recuerdo una de esas noches en las que llevamos a bailar a Wole Soyinka, el Premio Nobel, y nos echó un cuento maravilloso acerca de una tradición nigeriana: cuando un bebé muere, se le hace una señal en la oreja y luego, al nacer otro en el perímetro de la tribu o el clan, se le revisa la oreja. Si lleva la misma marca del niño muerto significa que es su reencarnación. Se trata de una señal que trae consigo una protección suplementaria designada por un poder superior; por lo que el nuevo niño pasa a tener cuatro padres y, por tanto, una familia redoblada...

Insisto en lo poliédrico, en lo caleidoscópico del tiempo: aquí estoy, viendo este cerro, tan verde y tan caraqueño, y recordando a Amín, Lea, las ballenas de Toudossac y a Soyinka con su cuento de las orejas que me trajo a la memoria un dicho caraqueño: “¿Usted me vio la oreja blanca?”, también mi previsión de traer en el avión un lápiz de cejas para teñirme una oreja y así conjurar cualquier apreciación de pendejo que me atribuyese algún coterraneo en esa *rentrée* al país de la rebatiña y la renta petrolera: “¡Ojo, no se confunda, panita, ni pretenda ejercitar conmigo el deporte criollo de buscar al bolsa que sale a la calle y hacerlo suyo! ¿Usted me vio la oreja blanca?” Parece haber funcionado, porque en esta ciudad de eterna crisis habitacional, ya dispongo de un apartamento para recibir cómodamente a Amín y Lea, así como un carro para pasear con ellos. Ya lo dicen “Hombre precavido...” y “De que vuelan, vuelan”.

La verdad, me alegraba mucho recibir a mis amigos. Verían que era verdad, que mi pinta de portugués era algo inherente al mestizaje caribeño, que hay partes de esta geografía muy emparentadas con su África natal, que compartiríamos los patios de mi infancia y conocerían a mi octogenaria abuela, cosa que sabía les iba a encantar.

¡Cuánta alegría verles salir en el aeropuerto! La organización del evento los ha ido a buscar, pero hablo con los guías y les aseguro que a la hora indicada estarán en el Hilton, que somos muy amigos y quiero

llevarlos primero a mi casa. La guía, muy severa funcionaria del ministerio, amarra la cara, pero le digo que he pasado el día preparando un pabellón criollo, bienmesabe del que comía el libertador —¿lo habrá comido en realidad?— y unas polarcitas de espanto y brinco que estaban enfriándose en el congelador ¡puro nacionalismo! ¿Cómo vas a dejar que se me enfríen las caraotas, si son mis panas y los quiero agasajar, mamita? ¡Yo te los llevo al hotel, tranquila! La compañera se puso tan roja como su franela y no pudo sino rendirse ante mi petición. Al cabo de una hora tenía a Amín y a Lea impresionadísimos con el despliegue de ladrillos escarlata sobre los cerros caraqueños. Les prometí una subida para que vieran de cerca algunas barriadas.

No fue fácil alargar el visado, pero lo logramos. Efectivamente, venían bien armados de dólares para pagarse el viaje a Canaima. No podían creer que costara tanto y que yo no conociera ese monumento nacional. Volvimos a reírnos muchísimo. Los puntos de encuentro seguían siendo los mismos, aun y cuando el paso de los años nos había llevado a ciertas negociaciones: ellos eran padres de dos pequeños y aunque seguían siendo disidentes de su clase, no estaban en la disposición de ningún *ménage à trois*. Yo tampoco. Me enteré mejor de sus trabajos en Nigeria para una ONG con fondos canadienses, ella lleva años dando clases en comunidades aledañas a la ciudad y él esforzándose por la profesionalización de un grupo musical con acento étnico, el mismo con el que participaban en el festival.

La estancia en mi casa no pudo ser mejor. Pese a que era lo más cercano a Caracas, decido dejar para el final el viaje a Choroni, pues prefiero hacerlo entre semana y poder disfrutar las playas a solas. ¡Qué maravilla compartir la fascinación por esa carretera, la largura de Puerto Colombia, el río con sus saltos, Cepe, Chuao! Volvimos a reírnos con las miradas de los pobladores, muchos de los cuales se sorprenden porque quizás jamás en su vida han visto negros más negros que ellos, azules, *Púrpura profunda*, como les llamaban algunos amigos en Montreal...

Bajamos a Maracay. Y ahora sí, pasaremos por la casa de mi abuela Columba. Nietos y biznietos al encuentro, muchachitas preñadas,

vecinos y los arrimados de siempre junto a los sempiternos perros y gatos de esa casa. Alguna tía regando matas, un tío arreglando un motor, las gaveras vacías, los bachacos culones y los pericos...

—¡Víctor Eduardo! ¡Ahí está Víctor Eduardo! ¡Viene con gente!

Bendición, Dios te bendiga, unos amigos de Canadá, mejor dicho de Nigeria, pero... la explicación de rigor, bajando un par de cajas de cerveza fría y unas bolsas de pan andino. Amín y Lea sonríen, muestran las perlas de sus dientes a diestra y siniestra, bordean conmigo tamarindos y mangos, se entrecruzan con chancleteos, disfrutando unos tragos al frescor del patio, entre discos de reggaetón y sin entender ni pío...

—¿Y mi abuela? ¿Dónde está mi abuela?

Ayudada por un biznieto, hace su operática aparición. Ya no se ve tan gorda, ni tan inmensa, tampoco tan negra... las canas parecen haberle aclarado también la piel y cierta secuela de la diabetes nublarle la mirada...

—¡Bendición!

—¡Dios te bendiga y te favorezca! ... ¿Y tú quién eres?

—Víctor Eduardo, abuela.

—¿Y tú no estabas por ahí lejos, de nieve y todo?

—En Canadá, abuela. Llegué hace cinco años. ¿No recuerda que vine? Y estoy trabajando en una editorial del ministerio de...

—Con libros, sí. ¿En Caracas?

—En Caracas...

—A mí Caracas nunca me ha gustado. Mucha gente. Mucho carro.

—Vengo de Choroní, abuela, qué rico.

—¿Choroní? Años sin ir para allá. A Choroní iban las niñas bien de Caracas para dejar de ser señoritas... ¡hace años!

—Ando con unos amigos. Los traje para que la conocieran, abuela.

—¿Estoy con la batica nueva?

—Sí, está bien, abuela. Ellos son Amín y Lea...

—¿Y esos nombres? ¿Son fuereños es?

-De África...

-¡Muchacho! Lejos ¿no? Tanto gusto.

De nuevo relucen las perlas de Amín y Lea, intentando un saludo en castellano. Nos instalamos a tomar unas cervezas bajo el tamarindo y les presento a parientes que entran y salen, a los cuales yo también llevo tiempo sin ver. Una vez más me encuentro con esa distancia extraña respecto a mí, que no sé si alguna vez llegaré a precisar como deferencia, exagerado respeto, recelo o desprecio. Llegan a su visita de rigor a la matrona de la familia y se sorprenden al verme allí con un par de amigos tan exóticos. Hermógenes ya no es tan alto, está más bien encorvado y con apenas dos dientes, me habla de hernias discales y una pensión exigua; Freddy me cuenta que después de años sin trabajar se ha incorporado a la Misión Vuelvan Caras y hace un curso sobre textiles, me dice que su hijo, aunque estudió donde estudié yo y sacó una carrera carísima, está vendiendo cidis quemados en el centro *¡Ya hasta se compró un apartamento!*; Aleyda no come carnes rojas desde que superó su cáncer, y a su marido, Ovando, se le aguan los ojos al recordar aquel trance: *¡Eso duele mucho! ¿Saber que la mujer de uno se puede morir? ¡Cónchale, Víctor Eduardo!* Saúl, después de arrepentirse de su juventud socialista y haber estado en un sindicato donde echaba pestes de la revolución cubana y todo lo que sonara a marxismo, lleva unos años reconciliado con su pasado y está haciéndose de oro en unas subcontratas de tecnología punta para una Misión del gobierno. Está estrenando una camioneta carísima. Neyda anda harta del marido: *No hay quien lo aguante, ¡un día de estos me divorcio!* Cree que se trata de la andropausia; sin embargo dice que el próximo año cumplen las Bodas de Plata y están pensando celebrarlo con una fiesta años setenta. De Güicho me cuentan que hace mucho que no lo ven; a mi vez, les digo que su hijo estuvo una semana en mi casa hace unos meses y que nos llamamos con cierta frecuencia. Los que me escuchan se miran entre sí, alzando las cejas con un signo de interrogación pintado en la expresión. Yolanda me muestra con orgullo una foto de su hijo en el periódico como subcampeón de un torneo comunitario de ajedrez y me invita a un pasticho dominguero para que sus hijos me conozcan: *¡Siempre les hablo de ti! ¡Les cuento que nos la pasábamos juntos y hablábamos bastante cuando éramos chamos!* Virgilio me pregunta si he visto a Pablo Milanés cuando

se presentó en el Teresa Carreño, mientras no deja de verle las tetas a Lea. Darío está indignado: el Seniat le cerró la licorería por atrasarse con los impuestos. Ya no se acuerda de las manos de ningún obrero y discute crispado con la mitad bolivariana de la casa...

Amín y Lea están fascinados con el colorido y el montón de mangos, tamarindos, pomarrosas y ajíes que metemos en el capó, cuando nos disponemos a partir hacia Caracas *¿Vieron que era verdad? ¿Que mi abuela se parecía a la Mammi de Lo que el viento se llevó? Ahora menos, pero hace treinta años, ¡la hubieran visto!* Gracias por aquí y gracias por allá, bendiciones, *diostebendiga*... Una de mis primas segundas abre el portón con una barriga de cinco meses mientras lidia con un carricito que juega con sus mocos. Neyda sostiene a mi abuela en el porche. Besos y más despedidas: *¡No te pierdas!* Y ya me estoy montando en el carro cuando escucho la voz de mi abuela:

—¡Este niño, Víctor Eduardo, tan bonito y tan preparado, tan viajado y todo para venir a terminar con unos amigos tan renegros y tan refeos, no juegue!

Sonríó para mis adentros saboreando la ironía. Bendigo la fortuna de lo que borra el tiempo aún dejando huella y, sobre todo, bendigo la dificultad de mis amigos Amín y Lea para comprender bien el castellano.

Resentimiento

Su mamá, Felicia, era *blanca*. Ella, Columba, *negra*. Bueno, negra a su juicio, y al juicio de muchos en este país de prejuicio racial tan incorporado. En realidad, las dos eran variantes de *pardas* como se decía en la Colonia: la primera, de ese blanco curtido del conquistador poco exitoso (mestizo a su vez) mezclado con el indio. Y la otra, entre mulata y zamba. Oriundas de los llanos occidentales, donde alguna vez –¿hasta la Federación, quizás?– unos ancestros tuvieron tierras y cierta hidalguía que hacia el siglo XX apenas se reducían a alguna vega grande o hato pequeño, trabajado por todos y administrado por uno de los varones de la descendencia.

Felicia había tenido otra hija, Justina, cuyos genes contaron con el dominio materno y salió *blanca*, pero murió muy joven de una de esas enfermedades de país pobre y rural, de agua empozada, zancudos mortales, casas moribundas e injusticia crónica. De modo que sólo le quedó Columba, la hija *negra*. Y, en medio de tanta desesperanza, la joven madre soltera no tuvo otra alternativa que buscar nuevos horizontes, dejando a la hija –mientras se acomodaba– en el desdichado rol de criada en la casa pobre de aquel tío administrador de tierritas.

—Lléveme con usted, maíta. No me deje aquí.

—¡No envaine! ¿Vas a seguir? Haga caso a su tío, que en su momento yo...

—Si yo fuera Justina, seguro que sí me llevaba... pero, claro, ¡como yo soy negra!

—¡No diga pendejadas, Columba!

—¿Es por eso, verdad? ¿Por qué le salí negra?

—¡Necia!

Y partió Felicia. Llegó a Maracay, por entonces, el centro del poder, donde había trabajo gracias a unas industrias recién abiertas. Conoció a un buen hombre, Bonilla, que vendía en el mercado. Se enamoró y juntos armaron su rancho en un barrio que nacía de cara a la laguna. Poco a poco construirían una casita decente con sus bloques, su zinc, su pocito séptico, su piecita para ellos y otra para Columba. Y entonces...

Pero Columba, impaciente con su rol, harta de humillaciones por techo y comida, un día, intempestivamente, partió en busca de la madre. Entre burro, carreta y furgón, llegó a la Ciudad Jardín. Pero se encontró con la novedad del marido de la madre y los viejos choques se hicieron presentes. De modo que fue a vivir con una familia llena de hombres en edad de merecer, como ella. Ahí se enamoró del más joven, un locutor de radio, *blanco*, con el que se *enranchó* y del que parió dos hijos, *negros*, Jesús y Hermógenes. Un día supo que el locutor la engañaba con una caraqueña, *blanca*, de la misma calle, a la que solía conquistar invitándole a una botellita de Malta, mientras disfrutaban del fresquito de la noche. Así que Columba un día lo mandó a quedarse con sus Maltsas, su fresquito y su caraqueña *blanca* aclarándole que no la estuviera buscando más para nada, que ella se quedaba con sus dos hijos a cuestas y el rancho, que gracias a Dios y a la virgen ella misma había levantado cuando invadieron esos terrenos. Pasaron mucho trabajo, hasta que entró como obrera en una fábrica de caramelos. Entonces, el arroz y la arepa pudieron regocijarse con la compañía de alguna proteína.

Las relaciones entre Columba y Felicia siguieron siendo tensas. No obstante, la abuela cuidaba a veces a los nietos y su marido —encariñado con los muchachos— los llevaba al mercado, les construía caballitos de madera y les enseñaba cómo sacarle los huevos a las gallinas ponedoras. De la mano de papá Bonilla y la abuela Felicia, los niños asistieron a las que fueron las primeras elecciones presidenciales en el país y oyeron entre lagrimones las interminables transmisiones radiales de *El derecho de nacer*. El mayor, era obediente y tranquilo por lo que sus abuelos decidieron adoptarlo y, ayudados por el párroco, le consiguieron un cupo en la escuela y un lugar como monaguillo. El otro, algo enfermizo y más travieso, solía preferir estar con la madre. Al poco tiempo, Columba encontró un nuevo amor, un buen hombre, *negro*, Cirilo, obrero de Obras Sanitarias. Ella empezó a parirle hijos cada año y, un buen día, decidieron legalizar su unión. Él asumió la paternidad de los dos mayores y, generoso, les obsequió con su apellido. No obstante, el mayor continuó compartiendo con su abuela y su papá Bonilla. Se sentía afortunado, porque después de no tener ninguno, ahora contaba con cuatro padres: el locutor, que había puesto su esperma; el vendedor del mercado, que lo enseñaba a hacerse hombre; el obrero de Obras Sanitarias, al que le debía afecto y apellido, y el párroco, que le prestaba libros y una *Olivetti* para que aprendiera mecanografía.

Felicia siempre fue eso que llaman una mujer fregada. Aunque de manera diferente, su hija Columba no lo era menos. Lo fregada de Felicia tenía que ver con un riguroso sentido de la limpieza y la responsabilidad. Una obsesión por las formas y el orden, heredados de una centenaria hidalguía que definitivamente espantaba a la hija. Su casa, aunque humilde, siempre estaba en estricta composición: no mover el confidente de lugar, no sudar las sábanas, no montarse en la cama con los pies sucios, platos, vasos y cubiertos marcados con el nombre de quien los usaba, el diario barrer, hervir el agua, la ropa blanca y las verduras, *y si su muchacho está enfermo lléveselo para su casa que usted los parió y tiene que ocuparse... y esa casa suya es un desorden ¿y qué hace esta taza sucia aquí? ¿y este charco? ¿cómo no van a enfermarse esos muchachos! ¡mírame este mosquero!... ¡Ay, mamá, usted nada más se fija en todo lo malo mío! ¡Claro, nunca me ha querido porque le salí negra! ¡No, si yo sé que usted fuese preferido que me muriera yo y no Justina, que era blanca!*

El mayor se crio, pues, entre las dos casas. Estudioso y trabajador, cuando su abuela Felicia quedó sola, se ocupó de ella. Ella que, orgullosa mientras lavaba en la batea fumando con la candela para adentro, lo veía llegar los viernes de pago, cargando las bolsas marrones de mercado. El breve sueldo del muchacho se repartía entre las dos casas, la de su abuela, *blanca*, y la de su madre, *negra*, hasta que se enamoró de una joven, *blanca*, del mismo barrio. En bicicleta le hacía las visitas. Ella vivía con dos hermanos y una tía soltera que, alarmada, tomó medidas y la envió a casa del padre en otra ciudad a ver si se le quitaba *la rochela con el negrito ese*. Pero, como suele suceder, la distancia encendió más la pasión entre los muchachos hasta que un buen diciembre, se casaron. Asistieron los familiares de ella y la abuela de él. Columba no asistió, por lo que, lógicamente, no apareció en ningún retrato de la boda.

Al año, la pareja tuvo el primer hijo. Un muchachito *blanco*. Nació en el hospital del Seguro Social y como era diciembre le dieron pollo a la madre y recibió muchos regalos. Había visitas y escarpines color celeste. El primer nieto de ambas familias. La bisabuela enternecida con el hijo de su nieto mayor, quiso cargarlo y empezó a hacerle carantoñas con esa voz que ya delataba el cáncer de laringe. No cabía de emoción por ¡El hijo de su muchacho, cará! Columba, callada y ya aburrida de la visita, no dejaba de mirarla y oírla. Inexpresiva, veía cómo la bisabuela ponía en la manita del bebé un fuerte de plata para augurarle una vida llena de caminos abiertos y mucha suerte: *¡Tan lindo, tan completo, con sus uñitas y sus cacheticos! ¡Es bello, mírale las bolitas a ver, no son moradas, ese no salió horneadito como el papá sino crudito como la mamá! ¡Qué bonito ese muchachito, parece un angelito, sanito, sanito! ¡Dios lo guarde y lo favorezca, Dios!*

—Bueno, mamá, ¿nos vamos?

La voz de Columba ya impaciente, tras mirar el atardecer. Felicia asintió, a su pesar, con los ojos aguados poniendo al biznieto al lado de la joven primeriza. Le hizo una crucecita en la frente y se abotonó el vestido. Había tenido una tos muy acusada en esos días y podía ser ese frío de los amaneceres decembrinos. Salieron, madre e hija. Y tras cruzar la puerta y recorrer el pasillo, al empezar a bajar las escaleras, sin

apenas abrir los labios, Columba murmuró a Felicia que se apoyaba en la barandilla:

—¡Si no le digo nada, usted se queda ahí todo el día!

—¡Qué bonito ese muchachito, cará! ¡Dios lo guarde!

Columba no pudo más:

—A ése sí ¿verdad? A ése sí lo abraza y lo jamaquea y lo amapucha y le pone un fuerte de plata en la mano, cará... porque es *blanco*, claro... en cambio a los míos como son *negros*...

La madre se paró en el escalón torciendo los tobillos, aferró las venosas falanges al pasamanos de metal, miró a la hija con un cansancio milenario, agua en los ojos y la paciencia apuntalando la desesperanza. Tosió el alquitrán y la nicotina de su Fortuna sin filtro, apretó la carterita negra contra las tetas caídas bajo el medio luto, abrió los labios secos y tomó aire como abriéndose paso entre las interrogantes del cuerpo, casi tomando fuerza para emitir un grito... pero, finalmente, sólo suspiró y dijo:

—¡Necia!

Índice

Re-Sentir: el tiempo como caleidoscopio	7
Indigestión	9
Groserías	17
La sillita de aleyda	25
Bruno	31
La reina de la parranda	39
Las manos del obrero	47
Clase aparte	55
Freddy	61
Virgilio	67
Neyda: bodas de plata	73
Casi desechable	79
Déjà vu	83
Resentimiento	91

Edición digital
diciembre de 2018
Caracas, Venezuela

Elio Palencia (Maracay, estado Aragua 1963). Dramaturgo, director teatral y actor. Guionista de cine y televisión. Ha trabajado en compañías como Rajatabla y la Compañía Nacional de Teatro y desarrollado una extensa obra como autor teatral que le ha merecido reconocimientos, entre los que destacan: “Marqués de Bradomín” para Jóvenes Autores de España (1993), “Esther Bustamante” (1988), “Juana Sujo” (1989 y 90), Mejor Propuesta escénica del II Festival de Directores para el Nuevo Teatro” (1989). CELCIT (2004), Premio Municipal de Teatro “José Ignacio Cabrujas” (2007 y 2008). Entre sus piezas destacan: *Detrás de la avenida* (1988), *Escindida* (1993), *Mi hermano José Rosario* (1996), *Doña Bárbara, la perfecta ama de casa* (1999), *Penitentes* (2006) y *La quinta Dayana* (2006), esta última convertida en guión cinematográfico y producida por la Fundación Villa del Cine, bajo el título de *Cheila, una casa pa’ maíta* (2009).

Re-sentir es su primera incursión en la narrativa. Una serie de relatos que –al igual que sus dramas– indaga en interrogantes sobre la venezolanidad, otorgándonos la mirada caleidoscópica de un álbum familiar, desde la memoria y la sensibilidad de un niño de los años setenta del siglo XX. De sus estampas y personajes, se desprende el afán por un necesario reconocimiento de “El Otro” para la apelación integradora al “Nosotros” a través de paisajes y conflictos que preguntan sobre la identidad, el amor, el dolor, la sexualidad, la condición mestiza de nuestra sociedad, lo cómico y lo trágico, lo ambiguo y lo determinante, la justicia y la injusticia cotidianas, percibidas desde la infancia como huellas que van sumándose en el juego de llegar a ser dentro del ámbito de la familia.



9 789801 444015

Gobierno Bolivariano
de VenezuelaMinisterio del Poder Popular
para la Cultura